

El habla del venezolano

Isabel Rivero D'Armas



DOCUMENTOS

El habla del venezolano

Isabel Rivero D'Armas

El habla del venezolano



MONTE ÁVILA
EDITORES LATINOAMERICANA

1ª edición en Casa Nacional de las Letras Andrés Bello, 2015.
1ª edición en Monte Ávila Editores Latinoamericana, 2021.

El habla del venezolano

© Isabel Rivero D'Armas

DISEÑO, DIAGRAMACIÓN Y CONCEPTO GRÁFICO
David Arneaud

© MONTE ÁVILA EDITORES LATINOAMERICANA C.A., 2021.
Centro Simón Bolívar, Torre Norte, piso 22, Urb. El Silencio,
Municipio Libertador, Caracas 1010, Venezuela.
Teléfono: (58-212) 485.04.44
www.monteavila.gob.ve

HECHO EL DEPÓSITO DE LEY
Depósito Legal N° DC2021001220
ISBN 978-980-01-2229-7

PRÓLOGO

EL DICCIONARIO DE SAMUEL JOHNSON escrito en el siglo XVIII tuvo como característica más relevante la inclusión de varias creaciones léxicas populares que por su forma y significado habrían escandalizado a John Dryden y Thomas Cooke, líderes del prescriptivismo en la Inglaterra del siglo precedente. Secundados por el mismísimo Jonathan Swift y por Daniel Defoe, Dryden y Cooke a finales del siglo XVII habían dado impulso al proyecto de creación de una Royal Society con funciones análogas a las de la existente Academia Francesa de la Lengua, ente «preservador del ideal de corrección del francés». Defoe en su *Essay upon Project* (1697) expresa gran regocijo ante la perspectiva de que «bajo la autoridad de tal Real Sociedad resultara criminal crear palabras tal como se acuñan monedas». Swift, Defoe y los demás fueron disuadidos de continuar con tal intención por las observaciones de sus coterráneos acerca de los delitos que se estarían cometiendo contra los derechos humanos o contra la verdad lingüística. Pasado el tiempo, al referirse a las libertades que se tomó Johnson para el tratamiento del vocabulario del inglés, el afamado actor David Garrick escribió: «*An Johnson, well arm'd like a hero of yore, hath beat forty French, and will beat forty more*». Los cuarenta franceses a los que Garrick hace referencia son los miembros de la Academia Francesa de la Lengua que acerbamente criticaron los usos «impuros» respaldados por Johnson. El recuento precedente, con su carga anecdótica, nos evoca el trato recibido por el español hablado en suelo americano por

parte de los «reales» académicos españoles peninsulares. A pesar de que a la fecha presente algunas de nuestras palabras ya aparecen en el *DRAE*, miles son las ingratamente excluidas del mismo, en franca violación del derecho a la legitimación. Tal situación representa una extemporánea desconsideración del carácter «vivo» de las lenguas naturales, las cuales están supuestas a evolucionar como evolucionamos los hablantes de las mismas. Son muchos los lingüistas hispanoamericanos que se han dispuesto a remediar el trato displicente de la Real Academia de la Lengua Española para con las palabras y expresiones nacidas en este lado del Atlántico. Estos Johnsons modernos, en concierto con el principio saussureano de prevalencia de la descripción sobre la prescripción en materia de manejo del habla, y apoyándose en la evidente prioridad que para el análisis lingüístico tiene esta sobre la lengua escrita, han presentado extraordinarios trabajos sobre el léxico del español de América. Precisamente, son las palabras de uso local las que más han contribuido al fortalecimiento del español que hablamos actualmente en nuestro continente. Resulta ello notorio cuando uno comprueba la fortaleza del uso de cientos de palabras referidas en algunos materiales publicados sobre el español de Venezuela, puntualmente designados «venezolanismos» por algunos. Destacan en el contexto de nuestro país, el libro *El castellano en Venezuela: estudio crítico* de Julio Calcaño (1897), así como el escrito por Baldomero Rivodó (1889) llamado *Voces nuevas de la lengua castellana. Glosario de voces, frases y acepciones... que no constan en el Diccionario de la Academia... Rehabilitación de anticuadas. Acentuación prosódica. Venezolanismos*, y también el de Ángel Rosenblat (1956) bajo el nombre *Buenas y malas palabras en el castellano de Venezuela*. Más recientemente, son relevantes el *Diccionario de venezolanismos* dirigido y coordinado por María Josefina Tejera (1983), y el *Diccionario del habla actual de Venezuela: venezolanismos, voces indígenas, nuevas acepciones*, de Rocío Núñez y Francisco Javier Pérez (1994). Se incorporan ahora a esta serie de aportes al conocimiento y propósito de legitimación del léxico del venezolano común estos textos

de Isabel Rivero, que se corresponden con la serie bautizada como *El habla del venezolano*.

Rivero no denomina venezolanismos las palabras y expresiones objeto de sus explicaciones, lo que habría impuesto a su trabajo una limitante geográfica de efecto adverso al concepto de «americanismo», entendido este en el amplio sentido de «continental», y no restringido a una nacionalidad como se le entiende a John Pickering (1816) en *Vocabulary or Collection of Words and Phrases which Have Been Supposed to be Peculiar to the United States of America*. Claramente los términos tratados por Rivero encajan en la noción de americanismo porque muchos tienen su origen en «los productos culturales» y «las circunstancias políticas» de los grupos de descendencia hispánica que enraizaron en el Nuevo Mundo, otros son muy antiguos, y aún se utilizan en España, pero les hemos asignado nuevos significados; incluso otros, que desde hace mucho son obsoletos en España, son usados de manera cotidiana entre nosotros, y hay algunos que son préstamos provenientes de idiomas europeos, indígenas y africanos. Ahora bien, es el enfoque sociolingüístico aplicado por Rivero el que inserta estos términos en el contexto venezolano; la autora no nos ofrece una lista descriptiva de palabras con explicaciones que las delimitan, lo que hace en realidad es proporcionarnos cuadros en los cuales aflora la esencia y la transformación de las mismas al considerárseles en interdependencia con factores humanos, tales como el sexo y la edad de los hablantes, así como el contexto manifiesto a través de los rasgos relevantes de la naturaleza, la comunidad, etcétera. Es este mecanismo de análisis, el que permite al material de Rivero alcanzar el estatus de representación óptima de la manera de hablar del venezolano.

No se haría total justicia al trabajo de Rivero si no se aludiera a su esfuerzo por incorporar procedimientos propios del análisis discursivo para llegar a cada uno de los cuadros sociolingüísticos en que sitúa las distintas palabras y expresiones sobre las que nos da luces. Como en casi todo trabajo con vetas discursivas desarrollado en la presente década, se siente en este la presencia de la visión de

Teun van Dijk (2000). Se constata a partir de los datos, que Rivero pone énfasis en la lengua hablada producto de conversaciones cotidianas, las cuales sin duda implican la interacción de la cual participan los usuarios de la lengua como hablantes o como receptores. No obstante, en el trabajo de Rivero no queda totalmente fuera el texto escrito, el cual también tiene usuarios, a saber «autores» y «lectores». Esta característica del estudio del habla del venezolano realizado por Rivero fortalece sus apreciaciones ya que se extiende desde la conversación hasta el texto escrito, y lo que se denomina el contexto, es decir el otro componente de la situación social o del suceso de comunicación que puede influir sobre lo hablado y lo escrito. En suma, Rivero deriva hábilmente sus explicaciones del análisis de conversaciones y textos en contexto.

ANDRÉS ROMERO-FIGUEROA
Caracas, UCAB, mayo de 2010

PRESENTACIÓN

COMO ESTUDIOSA DEL LENGUAJE me he propuesto ofrecer en este libro una serie de artículos que han sido publicados en el diario *Últimas Noticias*, en la revista *Question de Le Monde Diplomatique* y en *Bohemia*. Estos artículos tratan sobre el habla del venezolano. En concreto, en el primer capítulo, «Reflexiones sobre el habla del venezolano y razones de su variación», presento unas cuantas consideraciones sobre aspectos como la visión que tiene el venezolano de su modo de hablar, el cual, curiosamente, es calificado por él mismo como ordinario, chabacano o despectivo, por la simple razón de que usa voces o frases que no se emplean en España o en otras partes de Latinoamérica. Otro aspecto a tratar en dichos artículos es la vinculación del vocabulario nuestro con la identidad del venezolano, factor esencial de la llamada diversidad cultural, ya que es reflejo del modo de vida y de la cultura de un pueblo. Estos temas son presentados a través de textos como «Habla del venezolano». Igualmente, como consecuencia de lo anterior, trato el tema de la actitud indolente de los autores del conocido *Diccionario de la Real Academia Española de la Lengua* en cuanto al registro de pocas voces en este diccionario del habla del venezolano denominadas «venezolanismos». Este tópico lo encontramos en textos como «Los venezolanismos y el diccionario».

En el segundo capítulo, «Consideraciones sobre vocabularios y registro de cada tema, actividad, de acuerdo con el género y a la edad», demuestro lo productivo que es el venezolano, aspecto que contradice el insignificante registro de voces en el diccionario académico *DRAE*

ya que a través de una serie de palabras que a simple vista funcionan de la misma manera por significar lo mismo, se demuestra que nuestro el léxico es más variado. Esto se manifiesta en artículos como «Empate o novio» (primera y segunda parte); «Entonarse o prenderse»; «Tripear o disfrutar»; «Jalamecates, chupamedias o jalabolas» y «¡Qué bueno está fulano!».

Cada área, actividad o estado tiene su propio lenguaje en el habla del venezolano. De ahí, textos como el «Lenguaje del despecho y el lenguaje del desamor». De la misma manera, se explica cómo el lenguaje propio de una práctica deportiva, como el béisbol, empieza siendo exclusivo de esa práctica, pero puede adquirir una connotación diferente en el habla corriente del venezolano, tal como se presenta en el artículo «El béisbol y su lenguaje».

En el tercer capítulo, «Consideraciones propias del análisis del discurso sobre el lenguaje y su influencia en el comportamiento, la libertad o negación de la misma en prácticas cotidianas», desde la óptica del análisis del discurso analizo cómo el lenguaje influye en la conducta y en las relaciones humanas como también en mantener posiciones privilegiadas en que unos detentan más poder que otros reafirmando o negando libertades cuando se utiliza para agredir hasta causar daño psicológico.

CAPÍTULO I

REFLEXIONES SOBRE EL HABLA DEL VENEZOLANO Y RAZONES DE SU VARIACIÓN

HABLA DEL VENEZOLANO

Nada es estático, todo —como corren las aguas de un río— cambia continuamente. Ocurre asimismo con las lenguas. Ese dinamismo las mantiene vivas. Sin embargo, eso no se plasma en los diccionarios, menos aún en aquellos diccionarios, como el *Diccionario de la Real Academia de la Lengua Española*, cuyo objetivo es hacer una representación significativa de una lengua tan vasta como la hablada y escrita en Hispanoamérica.

Según Francisco Javier Pérez, una de las grandes tragedias del lexicógrafo consiste en cómo hacer que el registro de voces sea cónsono con el uso dado en una comunidad, es decir, muestre la significación adecuada de cada palabra según su situación de habla.

Por consiguiente, los especialistas en lexicografía —disciplina encargada de la elaboración de diccionarios— Rocío Núñez y F.J. Pérez, con su obra, el *Diccionario del habla actual de Venezuela: venezolanismos, voces indígenas, nuevas acepciones*¹, hacen bastante para cambiar esta situación.

Pretenden, según Pérez, desvincularse, aunque no del todo, de la noción desgarrada de «venezolanismo», ya caduca y obsoleta, utilizada para identificar las voces que emplean solo los venezolanos. Estos investigadores ofrecen un trabajo que devuelve al venezolano la seguridad de que su español es tan digno como el hablado en España y en otras partes de Hispanoamérica.

¹ Rocío Núñez y Francisco Javier Pérez, *Diccionario del habla actual de Venezuela: venezolanismos, voces indígenas, nuevas acepciones*. Caracas, Universidad Católica Andrés Bello, Centro de Investigaciones Lingüísticas y Literarias, 1994.

Gracias al trabajo mencionado anteriormente, tenemos una visión muy enriquecedora, por cierto, del español hablado en esta tierra. En su prólogo, elaborado por el jesuita Jesús Olza, se dice que el castellano que nos llega acá, lo hace por barco, por mar. Por esta razón, gran número de nuestras voces proceden de la jerga de los marineros, de los viajeros, originarios de Sevilla, que llegaron a América, concretamente a Santo Domingo, lugar donde se inicia la Conquista, antes de arribar a Margarita, Coro u otras partes. Ejemplos de estas voces son «cargar» por «tener» («la muchacha carga un carro») y «embromar», esta, según Olza, no viene de «chanza», sino de un animalito que roe el casco de las naves.

Igualmente, figuran en el vasto léxico del venezolano las voces de procedencia indígena, como las taínas, por ejemplo, «cainoa», primera palabra documentada en el *Diario de Colón*; y las caribes, como «butaca», «papaya» y «maraca». También se encuentran las voces de origen africano, como huella del negro esclavo que es traído a América, entre ellas «cambur», «guineo» y «vacilar».

En el *Diccionario del habla actual* se documentan tanto las voces usadas en Venezuela como en España, a pesar de que las mismas pueden tener acepciones diferentes aquí, en nuestro país, que allá, en España. Un ejemplo que sirve para ilustrar esto es el de «botar», que entre muchas cosas, significa: «despedir a una persona de su empleo»; «echar o tirar alguna cosa»; «perder algún objeto» y «desperdiciar una cosa nueva» como, por ejemplo, una oportunidad.

Tenemos también anglicismos, voces que proceden del inglés, como *brother*, usada entre amigos cuando existe un alto grado de confianza. Otra voz es «metiche»: persona que se entromete en los asuntos ajenos o que no le incumben. Entre otras muchas cuyo registro en esta obra, de fácil acceso, publicada por la Universidad Católica Andrés Bello, nos devuelve parte de la cultura y la tradición nuestras. Además, nos permite valorar el español hablado en estos momentos; español con rasgos propios, reflejo de la idiosincrasia del venezolano.

HABLA DEL VENEZOLANO (II PARTE)

Es muy común que el venezolano piense que su modo de hablar es chabacano u ordinario, o crea que incurre constantemente en vicios del lenguaje porque emplea expresiones, frases y voces que solo se escuchan en Venezuela o en otras partes de América, pero que no se emplean en España. Tal apreciación que tienen no pocos hablantes de su lenguaje es tan errada como distante de la realidad.

Según Ángel Rosenblat, «la lengua es para nuestro hablante un patrimonio propio y lo acrecienta, enriquece y renueva de acuerdo con sus necesidades». Además, el vocabulario o léxico de una comunidad se halla muy vinculado a su identidad, a la esencia de nosotros mismos: aquello que nos distingue e individualiza frente al otro. Esta distinción natural promueve la llamada diversidad cultural: elemento también esencial que favorece la idiosincrasia de los pueblos.

La identidad no es algo estático sino que está sujeto a transformaciones; está en constante construcción y reconstrucción: no tenemos ahora la misma identidad que hace un siglo. Por consiguiente, el léxico —al estar tan unido a la identidad— es vulnerable a cambiar constantemente, por ejemplo, cuando en una época se reafirman unos valores diferentes de los de otra.

Como cada pueblo tiene su propia identidad es natural que sus habitantes tengan también una particular manera de hablar: reflejo de su modo de vida y de su cultura. Las voces empleadas en Venezuela, y en otras partes de América, responden a mecanismos

inherentes a las lenguas que favorecen la preservación de las mismas, tales como los de formación de palabra: procesos en que las voces a partir de su base primitiva («flaco») crean otras a las que se le suma un valor nuevo, como uno afectivo («flaquito») o despectivo («flacucho»).

Parece ser que la manera de hablar del venezolano se distinga de otras de América y de España por la abundancia de sufijos. Estos responden tanto a una necesidad del hablante venezolano de precisar mejor el significado de una palabra para que mediante una sola voz se puedan transmitir varios significados a la vez. Ejemplo de ello es el sufijo aumentativo *-mentazón*, que origina voces como «cañamentazón» por «ingestión excesiva de bebidas alcohólicas».

Otro sufijo muy usado es *-menta* —que sirve para denotar un conjunto de objetos o de seres iguales—, por ejemplo, «cañamenta». También el sufijo *-azo* al que aparte de la acepción de tamaño, aumentativo igual que *-mentazón*, se le ha sumado el valor de golpe, por ejemplo, «matracazo» y «porrazo». De ahí que, según la lingüista Irma Chumaceiro, se utilice además con un nuevo significado: el de doble bebida alcohólica. Ese significado, según la autora, probablemente se ha generado por dos asociaciones: La primera, la de golpe fuerte y, la segunda, la de impacto real igualmente fuerte que sobre el cuerpo provoca la ingestión excesiva de alcohol, por ejemplo: «ronazo» y «güisqueazo». Asimismo, el caso de los sufijos diminutivos demuestra cuán creativo es el venezolano a la hora de hablar. Según Alexis Márquez Rodríguez, los sufijos diminutivos se utilizan en diferentes clases de palabra como en sustantivos («cosita» y «periquito»); en adjetivos («azulito» y «rotico»); y en adverbios («un momentico» y «ahí mismito»).

Solo queda decir que el venezolano, con su modo de hablar, busca sorprender la imaginación de su interlocutor, y dar así tanto muestras de su ingenio como de su buen humor.

LOS VENEZOLANISMOS Y EL DICCIONARIO

Parece ser que —aunque sea imposible— algunos pretenden ocultar el sol con un dedo. Ocurre así con los diccionarios. A estos «cementérios de fósiles» se les atribuyen poderes sobrenaturales. Se confía de estos de la misma manera, o más, que en dios. Si una palabra no aparece ahí, se sanciona su uso; se le intenta descartar del vocabulario; se le declara la guerra a muerte.

Se olvida entonces que el léxico responde a las necesidades de la comunicación, que se encuentra relacionado con la cultura y la identidad de un pueblo y que refleja, asimismo, la forma de ver la realidad de una comunidad. Por ello, se habla de diferentes variedades de una misma lengua, o de diversos modos de hablar un idioma.

Se habla también del léxico característico de una región, como en nuestro caso, Venezuela. Aquí las particularidades de nuestro modo de hablar se denominan «venezolanismos».

Según el lexicógrafo Edgar Colmenares en su obra *La Venezuela absurda del DRAE 1992*², el *Diccionario de la Real Academia Española de la Lengua* no refleja con propiedad el léxico del hablante venezolano, ni aún en su edición más reciente, la del 2001³.

El hablante venezolano tiene razones para sentirse desamparado. El diccionario que debe registrar un alto porcentaje de las voces que él utiliza a diario, ni medio se aproxima a ello. Ese diccionario

² Edgar Colmenares del Valle, *La Venezuela absurda del DRAE 1992*. Caracas, Universidad Central de Venezuela, Fondo Editorial de Humanidades, 2000.

³ En 2014 se publicó la vigésima tercera edición del DRAE. [N. del E.].

es el *DRAE*, y Colmenares en la citada obra señala que, únicamente, unos pocos, muy pocos, «venezolanismos», responden a lo más necesario para que una definición sea aceptable.

Un ejemplo curiosísimo con que este autor ilustra lo anterior es el de la palabra «pabellón», definida como «plato en que se sirven separadamente carne fría, arroz y judías». Como explica Colmenares, «carne fría» equivale a la carne mechada o desmechada y las «judías», a las caraotas.

La pregunta que surge es cómo se puede sentir un venezolano cuando se encuentra con casos así. Otro ejemplo es el de la voz «ubiubi»: «mono de color negro, que duerme de día con la cabeza metida entre las piernas». Colmenares sostiene que no ha conocido todavía a una persona que sepa el significado de esa palabra, y por supuesto, que la use.

Según este lexicógrafo, los venezolanismos presentes en el *DRAE* de 1992 no representan la riqueza del habla venezolana, en cuanto a: 1. número, insignificante por lo demás; 2. ni por los significados atribuidos a esas voces. En la edición de 2001, parece ser que la situación mejora algo. Según Colmenares, se subsana en cuanto al número de voces incorporadas, pero no en cuanto al tratamiento dado a la definición de las voces.

Seguimos entonces, más o menos, con el mismo problema. ¿A qué se debe tanta apatía y poco interés por superar estos problemas? ¿Será acaso que aún somos víctimas de los efectos de una conquista y colonización, o sea, de una mínima participación e imposición lingüística? Con base en lo anterior, no debemos confiar ciegamente en las definiciones ni en el registro de voces de los diccionarios, ya que puede ocurrir lo que ha pasado hasta el presente con el *DRAE*. Según el mismo autor, estos no pueden ofrecer una representación cabal de la lengua, y menos de una lengua tan vasta como la española.

Yo diría que tampoco podrán reflejar totalmente todos los rasgos que identifican el habla del venezolano, tales como el humor, la espontaneidad, el ingenio y la chispa.

CAPÍTULO II

CONSIDERACIONES SOBRE VOCABULARIOS
Y REGISTRO DE CADA TEMA, ACTIVIDAD, DE
ACUERDO CON EL GÉNERO Y A LA EDAD

EL LENGUAJE DEL AMOR

Las canciones en su mayoría hablan del amor, ya sea del despecho ocasionado por las peleas, de los sentimientos apasionados que despiertan las relaciones fugaces o duraderas, de la traición, de los celos, de las despedidas o de las reconciliaciones.

Todo se inicia con un juego donde la atención de uno se posa en el otro. Lo que sigue después: un apretón de manos, un beso breve y, luego, otro apasionado —o viceversa, aquí el orden de los factores no altera el producto— hasta las relaciones íntimas, el reconocimiento sexual, o mejor el encuentro entre dos cuerpos al compás de una danza cuya melodía resuena en el alma.

Existe todo un lenguaje en este intercambio y sincronía de emociones. El mismo se expresa a través de las palabras o de los gestos. Se trata del lenguaje de la pasión o del dolor. Se trata asimismo de un código de la atracción; de una cartilla de las emociones.

También hay bastante de información implícita en todo esto, cuya interpretación de signos es compartida; sus significados supuestos. Cada relación de pareja tiene sus propias reglas, pocas veces fijas e invariables. Los sentimientos llevan la batuta; el amor impone entonces sus límites y sus excesos; sus formas de interpretar las palabras y la expresión corporal, o sea, la de las miradas, la de las manos y la de la posición del cuerpo.

Las relaciones sentimentales tienen, pues, sus propios signos cuyos significados son inferidos entre sus miembros. El amor posee un lenguaje particular de tonalidades color rosa. Cuando un hombre se interesa en una mujer, o una mujer en un hombre, casi nunca se preguntan, por ejemplo: ¿quieres ser mi novia, o mi novio? Eso solo

lo hacemos en la adolescencia cuando nos iniciamos en la práctica del amor.

En la adultez, solo buscamos establecer contacto con el otro: la conversación amena, el roce, el beso robado, el abrazo y el apretón de manos. Los compromisos nacen solos y sin presiones. Casi nadie en un primer encuentro dice: «te quiero» y mucho menos: «te amo», o «quiero estar contigo hasta el final de nuestras vidas», o «hasta que la muerte nos separe».

A medida que los sentimientos crecen, que el amor germina, las palabras compromisorias como: ¿quieres ser mi esposa? ¿quieres ser la madre de mis hijos? van apareciendo a la par que los arreglos para permanecer juntos se van dando. Otras veces, ocurre lo contrario.

Con el paso del tiempo, una vez que se establecen los compromisos, el látigo de la rutina va haciendo de las vidas un completo aburrimiento, ya ahí las promesas hechas pierden fuerza; se desvanecen. Es cuando los «te quiero» ya no se escuchan; la separación va haciendo presencia; la ruptura se vuelve entonces algo inevitable. Las palabras que favorecieron una vez la consolidación de la pareja no cuentan. El proceso se revierte.

El lenguaje del desamor aparece, con nuevos códigos que contienen significados áridos. Como todo cambia, cuando el amor ocupa la última posición en la lista de prioridades, las relaciones también lo hacen. Los besos dejan de ser apasionados; los sentidos se duermen; el contacto ya cansa; y la palabra, como la ropa usada, se desgasta.

Existe todo un lenguaje cuando uno está enamorado en el que las palabras y los gestos tienen un significado único reconocible inmediatamente. En cambio, cuando las relaciones ya tienen el final signado, las frases se vuelven huecas; los sonidos se los lleva el viento; el sentimiento que los unió en su momento se evapora.

Como el agua que corre en los ríos, el amor igualmente llega, pasa y se olvida, o se queda ahí para siempre. ¿Quién lo sabe? Todo ello forma parte del lenguaje de las emociones, de los besos, de la toma de manos, de las canciones, de los chocolates y de las espigas, es decir, del código del amor.

EL LENGUAJE DEL DESPECHO

¿Hay alguien que lance la primera piedra? ¿que sea capaz de decir que nunca ha estado despechado? El despecho es un estado irremediable en que somos incapaces de controlar las emociones que nos causa el desamor. Hablamos de tal estado cuando nos sentimos a la deriva y pensamos que no vale la pena hacer nada por el apasionamiento que nos nubla la razón.

Al despechado se le identifica fácilmente por el tipo de música que escucha: cuanta balada romántica le cae en sus manos, la oye hasta el cansancio. Acá el género musical no importa mucho: va desde la música pop hasta las estridentes rancheras. Se trata de esas canciones que hablan del dolor, la tristeza y la desesperación, sentimientos generados por la separación del ser amado. Tal estado se reconoce por la necesidad de olvidar, de cualquier forma, al que fue compañero de uno.

El despecho tiene su lenguaje: el código de la depresión. Es también la expresión de la impotencia en una primera instancia; y de la manifestación de la resignación —cuando se asume el final de esas relaciones que parecían duraderas—, en una segunda. Se está entonces en estado de despecho cuando las palabras de aliento de amigos y familiares no ayudan mucho en eso de evitar que el dolor ciegue el alma de quien lo padece.

El despechado emplea, pues, un lenguaje particular. En estado de sobriedad, jura que ya no siente nada por aquella persona sin nombre. Sin embargo, después de la primera copa —o de la segunda, eso depende de la gravedad del caso— confiesa su amor: lo mucho que sufre y de cuánto necesita estar junto al ser amado.

Dice asimismo que sin «su amor» puede morir de desesperación. El que está despechado, por lo general, detesta la soledad. De ahí que, en casos drásticos, cualquier compañía del sexo opuesto resulta oportuna para olvidar los besos y los abrazos compartidos. Para olvidar, además, el lenguaje de la pasión: las frases que hablaban del afecto mutuo y las promesas hechas que versaban sobre compartir una vida juntos.

En un estado de despecho, se requiere, urgentemente, borrar de la mente y de los sentidos el recuerdo de ese que nos causa daño. El despecho tiene, pues, su lenguaje; y sus signos son la desesperación y la desconfianza en el amor. Es el lenguaje de la negación de que se puede formar una familia, o constituir un hogar. Ese lenguaje nace de adentro, de lo más profundo del alma, producto de la nostalgia de no tener al amado.

Al igual que existe un código del amor, de las flores y de los bombones, también existe uno de la pena y de la tristeza. Aquí las razones de la separación pueden ser muchas. No obstante, lo que más duele es que no hay posibilidad de estar uno junto al otro. De ahí el inconsolable dolor que motiva el despecho.

El amor de pareja —aunque parezca mentira— es lo más importante en la vida de un ser humano; luego, sigue el amor a los hijos, al hogar, a la familia. Así lo creo. Cuando se carece del amor que puede ofrecer el compañero ideal, el individuo vive a medias. La plenitud del ser se ve entonces realizada en la relación de pareja. Y si no ocurre de esa manera, el lenguaje del desamor se hace presente, o sea, el de la pasión no correspondida, la añoranza y la melancolía.

El código del despecho alude a la negación de ese amor que nos hace ser mejores cuando estamos en compañía de nuestra media naranja, que cuando andamos solos por esta vida.

EL BÉISBOL Y SU LENGUAJE

Ya es del conocimiento de todos que si existe algo, aquí o en Pekín, que refleja como ningún otro aspecto la idiosincrasia del venezolano es su modo de hablar. En ese modo se manifiestan cualidades como el humor, la espontaneidad, el ingenio y la chispa. Esto llega a actividades tan específicas como el deporte.

Cada deporte tiene su código. El béisbol no escapa de esta regla. Tiene muchos seguidores y goza de una mayor atención por parte de los medios de comunicación que otros deportes como la natación.

Incluso, el lenguaje propio de esa práctica deportiva —que en un principio empieza siendo exclusivo de la misma— adquiere una connotación diferente en el habla corriente del venezolano, como «jugar doble *play*» por «ser casado y tener una amante». Esta connotación prueba lo creativo que puede llegar a ser el hablante de Venezuela.

El doctor Edgar Colmenares —en un trabajo publicado por la *Revista Nacional de Cultura*, «La productividad metafórica del léxico deportivo en Venezuela⁴»— realiza un análisis del vocabulario de las disciplinas deportivas que tienen mayor difusión por parte de los *mass media* y que, además, reflejan mejor el sentir del venezolano, entre ellas el béisbol. En el estudio, Colmenares demuestra que el vocabulario del béisbol tiene un sentido metafórico.

⁴ Edgar Colmenares del Valle, «La productividad metafórica del léxico deportivo en Venezuela» en: *Revista Nacional de Cultura* n.º 294-295, Caracas.

Una metáfora es un recurso que consiste en la relación de un elemento («arepa») con otro elemento («carrera») sobre la base de un aspecto que, en nuestra mente, es común a ambos elementos, o que nosotros —dependiendo de nuestra forma particular de ver las cosas— lo concebimos así.

Del mencionado deporte provienen muchas metáforas que plasman las impresiones de los aficionados. Tales metáforas poseen una connotación que no escapa del sexo. Algunos ejemplos son: «bate» por «pene»; «pelota» por «testículo» y «batear» por «copular». Otros casos describen cualidades o condiciones, físicas, como «ser un cuarto bate» por «ser fuerte y poderoso» o por «tener formas exuberantes una mujer».

Cuando se trata del desenlace de las acciones encontramos ejemplos como «ser un hit» por «destacarse»; «comerse la pelota» o «comérsela» por «triunfar»; o «batear un jonrón» también por «triunfar». Cuando el resultado es opuesto: «ser un fao» por «fracasar o ser un fiasco»; y «botar la bola» por «hacer algo desacertado».

Asimismo, hay ejemplos de frases verbales que describen situaciones específicas como «agarrar fuera de base» por «sorprender»; «coger la seña» por «entender»; «pelar bola» por «atravesar una situación económica difícil» y «tener el cuarto lleno» por «estar encinta», «estar atribulado» o «sentirse agobiado». Casos de verbos serían «pitchar» por «brindar»; y «quechar» por «gorrear» (que se hace invitar), y de ahí «pitcher» por «el que paga» y «quécher» por «gorrero» (el que se autoinvita) y «pasarle o meterle un *strike*» por «engañar», «sorprender» o «plantear algo difícil».

El vocabulario del béisbol adquiere un sentido muy original en el diario vivir del venezolano. Ese vocabulario plasma lo esencial de la vida; espejo de sus actividades cotidianas o trascendentes, cómo él concibe el amor, las relaciones entre amigos, entre otras maneras únicas de asimilar la realidad. El venezolano siempre percibe el mundo con los ojos risueños de un jugador de béisbol, con triunfos y desaciertos, con victorias y fracasos, con alegrías y dificultades.

UNA REVOLUCIÓN CULTURAL LLAMADA INTERNET⁵

A diario, columnistas, periodistas, estudiosos del lenguaje, educadores, entre otros, muestran intolerancia hacia las palabras que provienen de otras lenguas, o préstamos, tal es el caso que se presenta en estos momentos con «internet».

Los puristas del lenguaje olvidan que muchos vocablos de origen francés ya incorporados en el idioma español, como «buqué» por «aroma», «pluscafé» por «bajativo» y «bufet» por «banquete», en el pasado, han sido sancionados y considerados de mal gusto, entre la gente bien educada. También en las Academias de la Lengua y en los diccionarios existe cierta apatía hacia el registro de los préstamos, como también desagrado hacia los vocablos formados según los patrones gramaticales de la propia lengua («contesta» por «contestación», «desespero» por «desesperación» y «desarrollador» por «el que desarrolla una actividad»).

La incorporación de voces que, por ejemplo, provienen del inglés y del francés, al igual que los procesos de derivación y de composición («competición» por «competencia» y «bonitura» por «lindura»), son cambios necesarios, y no nocivos, para la preservación del lenguaje, que es reflejo del hombre, de su pensamiento y de su modo de adaptarse a la realidad.

En el español actual de Venezuela, como se sabe, los préstamos provienen en su mayoría del inglés, y actualmente, sobre todo a través de internet, como *email* por «correo electrónico», *deletear* (*to delete*) por «suprimir», y *password* por «contraseña».

⁵ Isabel Rivero, «Una revolución cultural llamada internet» en: Papel literario de *El Nacional*. Caracas, 6 de octubre de 2002.

Siguiendo la idea de Ángel Rosenblat, esta situación no debería extrañarnos, casi todos los objetos vienen de Estados Unidos, desde un simple enlatado hasta lo último que la tecnología puede ofrecernos. En cambio, en el siglo XIX, todas las actividades y cosas consideradas de buen gusto tenían nombres provenientes del francés, de ahí palabras como *cabaret*, *champagne*, *corsé* y *brasier*. Ahora se habla de *pool*, *cocktail*, *body* y *push up*.

El caso de internet ha despertado pánico en las mentes conservadoras de la lengua, porque a través de este medio, de manera intempestiva, aparecen una serie de palabras del inglés, o anglicismos, que comenzamos a incorporar en nuestra habla de manera mecánica. Ello se debe a dos razones. La primera, la presencia de este instrumento en nuestra comunidad es relativamente reciente. Por lo tanto, hay un vacío de palabras para designar todas las actividades que trae consigo el mundo globalizado.

Todo lo que el espacio virtual implica, por ejemplo, mandar correos electrónicos, buscar información, establecer comunicación en vivo con personas de otros países, entre otras actividades, ha incidido en que los nombres con que se designan tales acciones sean transferidos de manera cabal, es decir, sin traducción, o con pocas adaptaciones, fonéticas («elevador» de *elevator*) y gramaticales («chatear» de *chat*, por «hablar informalmente»), a nuestro idioma.

Otros casos de transferencia de préstamos pueden ser: adaptándolos a las características propias de la lengua en cuestión («bate» por *baseball bat*), o traduciéndolos, esto se llama calco semántico («rascacielos» por *skyscraper* y *hot-dog* por «perro caliente»). La adaptación depende mucho del criterio de norma que opere en la lengua que acepta las voces nuevas, es decir, si prela una norma de «frecuencia», en función del mayor número de hablantes, o un criterio purista, que considere los préstamos como extranjerismos y motivo suficiente para una desintegración de la lengua.

La segunda razón, según Zaida Pérez, se trata de una lengua jerarquizada, el inglés, debido a las condiciones político-científicas de Estados Unidos. Por lo tanto, la práctica de este idioma re-

presenta una herramienta científica, diplomática y comercial para desenvolvernos con éxito en la sociedad actual. Se podría hablar, por consiguiente, de algún tipo de imposición cultural por parte de las instituciones educacionales, de ciertas profesiones y de un número de hablantes, considerados con cierto nivel social e intelectual, que han estado familiarizados con la lengua inglesa desde temprana edad. En Venezuela, en general, existe cierta tolerancia, y yo diría cierta aceptación, hacia el uso de los anglicismos, los cuales, sin muchos prejuicios, son utilizados por los profesionales en general, quienes «faxean» y «accesan», y pronto «emeliarán» o «imeliarán», sin la menor sorpresa, en sus lugares de trabajo; por aquellos, que a la hora de divertirse, ven como algo natural decir: *whisky*, *disco*, *fashion* y *club*, y cuando les preguntas: ¿cómo están?, responden «fino», de *fine*; y por las damas que dejan de comer la *fast-food* o «comida rápida», para seguir una dieta *light* y practicar *spinning*.

La difusión de voces a través de internet, en mi opinión, no influirá de manera negativa en nuestro idioma. El lenguaje constituye un medio de manifestación de las necesidades de una comunidad, como en nuestro caso, en que existe una ausencia de términos para designar los avances tecnológicos. Por lo tanto, los anglicismos propagados a través del ciberespacio deben ser aceptados en nuestra lengua sin ningún temor.

Si existe una actitud purista, que inhiba los procesos de preservación de una lengua y niegue los mecanismos que la salvaguardan, se estaría atentando contra una tendencia natural en el lenguaje de cambio permanente.

Los académicos de pluma, y no los de látigo, como diría Ángel Rosenblat, no temen a las innovaciones de la lengua ni tampoco se refugian en la presunción y en el desconocimiento, dejando que un diccionario y una gramática sean sus únicas herramientas de trabajo, y cuando una palabra, o uso, no aparece registrado en esos instrumentos, dicen que la voz en cuestión no existe, aunque la misma sea empleada por un cuantioso número de hablantes.

Internet también ha dejado huella en las formas de interacción y de comportamiento, tal como ha pasado con los *email*, los cuales han sustituido a las tradicionales cartas y los «cibercafés», que representan una prolongación del espacio virtual. Además internet ha permitido una comunicación más eficaz, tiempo y espacio, y reservada, ya que podemos expresar nuestros sentimientos e ideas y participar en grupos, resguardando nuestra identidad. Gracias a este medio, podemos leer el periódico por la red, hacer compras sin necesidad de salir de casa, tener relaciones virtuales amorosas o amistosas, y pare usted de contar cuantas actividades más. Tal avalancha no puede pasar sin dejar su rastro en la lengua.

INTERNET Y EL LENGUAJE

A finales del pasado siglo XX una serie de revoluciones de tipo político, económico y cultural, han tenido una participación protagónica, pero quizá la más pacífica y masiva de todas ha sido internet. La presencia de este medio en Hispanoamérica es de reciente data. La influencia del mismo en el vocabulario del español de Venezuela, y probablemente en el hablado en otras partes de América, se debe a que, cuando aparece, se requieren palabras para hacer referencia a todas las actividades del mundo virtual, como «accesar» (del inglés *to access*) por «acceder»; y «deletear» (*to delete*) por «borrar» o «suprimir».

El lenguaje es un medio para satisfacer las necesidades de una comunidad, como en nuestro caso, en que hay una ausencia de palabras para denominar los hallazgos tecnológicos. Por lo tanto, los anglicismos, o voces provenientes del inglés, propagados a través del ciberespacio, deben ser tolerados ya que los mismos se irán sometiendo progresivamente a procedimientos de integración propios del idioma español. Estos pueden ser: de traducción exacta (*password* por «palabra clave»); con adaptaciones gramaticales, como «chatear», de *chat*, cuyo significado es «hablar informalmente», que sigue el modelo de los verbos del español que poseen el sufijo *-ear* («bochinchar» y «menear»); y la subsistencia, por un tiempo, de las dos palabras, la extranjera (*e-mail*) y la traducción de esta en la lengua que la acoge (correo electrónico), hasta que una de las voces termina sustituyendo a la otra.

La difusión de términos a través de internet no será perjudicial para el español. Las lenguas tienen sus propios mecanismos de preservación, como los de formación de palabra («bebezón» por «ingestión excesiva de bebidas alcohólicas»). El venezolano, en su cotidianidad, emplea palabras de propia creación («conchudo» por «descarado») o tomadas de otras lenguas (*bikini* o *biquini*, por «traje de baño femenino de dos piezas»), que son resultado de su manera de adaptarse a las circunstancias.

Internet, aparte de lo anterior, ha influido en cómo nos relacionamos y comportamos, por ejemplo, en el caso de los *e-mails* que dejaron atrás las retardadas cartas. Este medio ha permitido que podamos expresarnos sin revelar nuestra identidad, hacer compras, buscar pareja, y un sinnúmero de actividades más. Esta oleada, sin duda, ha transformado los patrones habituales de la comunicación, llevándonos de la mano a una concepción de mundo sin fronteras de ningún tipo.

LA REVOLUCIÓN DE LOS MNS

En el presente la lengua española sufre una significativa transformación producto de la oleada de los mensajes de texto que se envían a través de los celulares. Para los más conservadores, esto representa un gran peligro para el idioma castellano, su desintegración. Mientras que algunos —quienes como en mi caso nos limitamos a observar el fenómeno para sacar nuestras propias conclusiones— lo vemos como una respuesta a la necesidad de comunicarnos y como reflejo de la ley del menor esfuerzo, en función de la economía que ahora viene dada por tiempo, esfuerzo y dinero. El asunto es una tragedia anunciada porque se usan muchas abreviaturas como, por ejemplo, «100pre» por «siempre»; el juramento de amor eterno: «x100pre jtos» o «CMNKT» para expresar: comunícate conmigo. Debo confesar que como lingüista —siempre que puedo apegada a las normas gramaticales sin caer en fastidiosas manías— me costó acoplarme a la nueva modalidad de discurso informal. No obstante —aunque todavía no me siento capaz de comunicarme de esta manera—, ya soy una experta decodificadora de esa clase de mensajes que recibo a diario.

El modo de comunicación de los MNS se caracteriza por el ahorro de caracteres, la omisión de signos de puntuación y la sustitución de signos gráficos por equivalencias fonéticas, como «Ksa» por «casa». A continuación, presento su explicación.

El lenguaje se encuentra en constante variación. Tal variación obedece al contexto, en este caso, los avances tecnológicos representados por el advenimiento de los teléfonos móviles. A ello

se suma que las compañías telefónicas cada vez ofrecen planes más tentadores, en los que se puede disfrutar de más mensajes por menos costo. Estos mensajes, al permitirnos comunicarnos a un bajo precio si se les compara con el valor de una llamada telefónica, nos benefician enormemente. Además, el espacio para crear dichos mensajes es limitado y el tiempo apremia. Por consiguiente, surge la necesidad imperiosa de decir lo más que se pueda con el mínimo de signos que sea posible. Entonces, por todos lados ahorramos.

Los que piensan que el uso de los MNS reduce la capacidad crítica y de análisis de los chamos, creo que pecan de radicales. Considero que el modo en que son elaborados demuestra lo creativos que pueden ser los jóvenes a la hora de comunicarse. Lo que sí pienso es que se debe poner un límite, es decir, utilizar esta jerga lingüística solo para enviar mensajes, para lo cual ha sido creada, y no permitir que traspase las fronteras de la lengua escrita, como una actividad evaluada en clase o una prueba escrita. Mientras esta situación se halle bajo control, no veo peligro alguno en el empleo de este código lingüístico cuando nos toca enviarlos.

El lenguaje varía continuamente. Esto es positivo porque ayuda a la preservación del mismo. Lo anterior es una verdad tan grande como la teoría de la relatividad. Una prueba actual de los cambios que sufre el idioma es la revolución de los mensajes de texto. El uso de un nuevo código en los mismos responde a las exigencias del hablante en la actualidad en que el tiempo siempre pasa factura.

LOS *MASS MEDIA* Y EL LENGUAJE

A diario somos testigos de cómo, gracias a la masificación que tienen los medios de comunicación social, expresiones, frases y palabras se vuelven muy populares, o se usan frecuentemente, como ha pasado con «refrito» y «culebrón», que ya no son voces exclusivas del lenguaje mediático. Además, algunos empleos de vieja data, tales como «contesta» por «contestación», «desespero» por «desesperación» y «competición» por «competencia», se ponen de moda. También se puede dar el caso que otras voces no tan frecuentes en el habla informal del venezolano comienzan a usarse en el lenguaje coloquial («observar» por «mirar»).

La causa de lo anterior puede ser que en el lenguaje de los *mass media* se evita la repetición de términos. Para ello se trata de utilizar una variedad de sinónimos. Esto se debe a que en los medios de comunicación no es muy importante ser creativo, en cambio, sí lo es evitar la reiteración terminológica. Aquí tampoco pesa mucho la economía del lenguaje: sintetizar en una palabra varios significados («tipazo» por «hombre bien parecido»). Se trata más bien de emplear palabras, frases y/o expresiones que sirvan para sustituir un vocablo cuando la situación comunicativa lo permita, y evitar así su repetición constante. Y no es fácil: al reemplazar una voz por otra, se puede alterar parcialmente el significado de lo que se quiere expresar, como en «suministrar», «brindar» o «dar» una información. El contexto señalará cuál es la más adecuada.

Cuando aludimos al habla coloquial del venezolano, lo hacemos a un nivel informal, en el que tanto la creatividad como la

espontaneidad del habitante de esta tierra juegan un rol fundamental. Los medios, al contrario, siguen, en general, un uso formal: los mismos, al pretender la aceptación masiva, buscan crear una forma más neutral, u homogénea, de comunicación. Una prueba podría ser que algunos prefijos (*re-*, «refinanciar» de «financiar») y sufijos (*-aje*, «reportaje» de «reporte») usados por los medios no son privativos del español de Venezuela sino que se emplean, en mayor o menor grado, tanto en otras partes de Hispanoamérica como en España.

Los procesos de formación de palabras que operan en las lenguas —como los de sufijación y los de prefijación en los que a partir de formas ya existentes se crean nuevas palabras— sirven para ilustrar la tendencia a la no repetición en el lenguaje mediático. Un ejemplo de esto es el sufijo *-il*, el cual origina expresiones como «efectivo reporteril» y «agente bomberil» que se pueden sustituir por una sola palabra, por ejemplo, «efectivo reporteril» por «reportero». Otro sufijo de la jerga de los medios de comunicación es *-azo*. Este sufijo aumentativo, al que se le ha sumado también un valor positivo («buenazo»), origina voces como «tubazo» por «noticia de primera página».

Todos sabemos el gran poder que tienen los *mass media*. Poder que se manifiesta hasta en el lenguaje, de manera que palabras, frases y expresiones que usaban nuestros abuelos se desempolvan o que esas voces que tienen un uso más restringido se vuelven parte de nuestra cotidianidad. Por consiguiente, la propagación de algunos sufijos (*-azo*) y prefijos (*re-*), más allá del lenguaje mediático, se debe al afán de estas vías de comunicación de no caer en las tediosas repeticiones. Esto ha favorecido que algunas voces, como «bomba» por «información impactante» se difundan, llegando incluso a usarse en el habla coloquial del venezolano.

HABLA DE LOS ADOLESCENTES

Un período de nuestras vidas en que buscamos diferenciarnos de los demás es la adolescencia, etapa que abarca entre los quince y los veintiún años. Se busca marcar distancia de los demás en muchos aspectos, como en la forma de vestir, de comportarse, pero una de las más significativas es el modo de hablar.

El lenguaje se convierte entonces en el elemento clave que los separa de los mayores sin que se transforme en una barrera, como muchos piensan. Solo utilizamos los mecanismos que tienen las lenguas para expresar nuevas formas de significación.

¿Hasta qué punto los jóvenes adolescentes emplean un lenguaje que en algunos aspectos es distinto al de personas de más edad que ellos? ¿Dicho lenguaje puede presentar elementos comunes con el habla del venezolano? Y si la mayoría de las palabras empleadas por los chamos tiene una existencia precedera, ¿no pasan a formar parte de la lengua estándar o del vocabulario general?

Parece ser que uno de los rasgos que caracteriza la jerga de los *teenagers* es el uso de sufijos con valor aumentativo, tal es *era-* para designar algún estado o actitud que se produce varias veces como, por ejemplo, «loquera», «lloradera», «estudiadera» y «enamoradera». También mediante el prefijo *re-* para acentuar una cualidad, como «rebueno» o «relindo». Asimismo, emplean la forma «burda» por «muy», que actúa como un superlativo. Lo cierto es que tales usos forman parte de una de las terminaciones más frecuentes del español de Venezuela y en concreto del habla informal.

Un elemento que sí es característico del habla de los adolescentes es llamar a su interlocutor contemporáneo con palabras que en otros contextos representarían un insulto como «huevo» y «marico». Ambas voces se emplean para captar la atención del receptor. La primera no tiene la acepción de «tonto» ni la segunda el sentido de «homosexual».

Otro es el empleo del acortamiento de palabras como «profe» por «profesora» y «dire» por «directora». Sin embargo, muchos adultos utilizan estas formas cortas en el habla informal con el fin de identificarse con los jóvenes al utilizar su mismo lenguaje.

Igualmente, existen otras expresiones para expresar agrado por alguna actividad como «vacilarse una rumba», que están en una línea difusa entre el habla del venezolano y el habla juvenil, incluyendo algunos verbos como «tripear» por «divertirse».

De la misma manera, los jóvenes toman palabras del inglés, tal es el caso de *cool* que significa fresco por «bien», «chévere».

Aunque algunas de las palabras que emplean los jovencitos pueden tener una existencia perecedera, tal es el caso de aquellos que aún utilizaban «pepeado» que los delata en cuanto a la edad, existen otras voces que pasan a la lengua estándar y son usadas tanto por jóvenes como por gente mayor que ellos, tal es el caso de «chamo», que hasta el *DRAE* lo aceptó.

Si los adolescentes buscan distinguirse por su lenguaje creando voces y frases que tienen por intención ocasionar un efecto en el receptor, los venezolanos de todas las edades, cuando hablamos, perseguimos el mismo objetivo; quizá por eso, la frescura es lo más relevante cuando nos comunicamos.

LAS MUJERES Y EL LENGUAJE

En estos tiempos postmodernos, la mujer ha logrado demostrar al sexo opuesto hasta dónde puede llegar. Y lo ha hecho ganando muchas batallas, que tienen un significado que va más allá de llevar una minifalda, inventada por Mary Quant, y de usar algún método anticonceptivo, con pocos efectos secundarios.

La mujer —al desempeñar profesiones u oficios que solían ser privativos de los hombres— ha ido tanto conquistando nuevos espacios en la sociedad como escalando posiciones cada vez más elevadas en el lugar de trabajo y en la vida social en general. Sin discusión, tal hazaña va dejando su huella en el idioma.

Prueba de lo anterior es que, actualmente, existe un doble uso de los nombres que designan profesiones u oficios, es decir, existen dos terminaciones para el sexo femenino: «la decano/la decana y la alcalde/la alcaldesa», que pueden crear duda en el hablante a la hora de elegir la más apropiada. Estas «vacilaciones» (la abogado o la abogada), según la lingüista Milenia Ledezma, se presentan no solo en el lenguaje oral sino también en el lenguaje escrito. Hasta hace poco, nombres como «el magistrado», se empleaban exclusivamente para denominar los oficios o profesiones realizados por hombres. Ahora —cuando la mujer puede desempeñar las mismas labores que ellos—, existe la posibilidad de modificar el género de dichas voces, como en «la magistrada», para hacer notar, en el lenguaje, la participación del sexo femenino en el ámbito laboral o profesional.

En Venezuela ha habido una preferencia por los nombres con la terminación en masculino (la médico). Esto se debe a un factor histórico. En el pasado —mientras la mujer se dedicaba a las labores del hogar y al cuidado de los hijos—, los hombres eran quienes ejercían tales ocupaciones o profesiones. De ahí que, como señala la lingüista Irma Chumaceiro, «para designar dichas actividades se utilizaron voces con terminaciones masculinas; la forma femenina correspondiente se empleaba para hacer referencia a la mujer quien desempeñaba el oficio (general o generala)».

Considero que en el momento actual la tendencia de los nombres que se refieren a actividades laborales con la terminación en masculino está disminuyendo. Frecuentemente, aparecen usos para designar la participación de la mujer en tales trabajos.

A medida que las damas salen de sus hogares a trabajar para sacar a su familia adelante y afrontar los retos del día, voces como «la jueza» y «la lideresa» proliferan. Las mujeres y los hombres venezolanos aceptan estos nuevos empleos sin recelos, o de la forma más natural. También considero que la alternancia femenino/masculino, como la denomina Chumaceiro, que presentan estas voces, pueda depender del grado de formalidad que revista la situación; entre más formal sea —como un acto académico, una conferencia o una sesión—, existen más posibilidades de que se use el nombre con la terminación en masculino (la decano o la magistrado). A mi parecer el hecho de modificar la terminación de estos nombres, de masculino (ministro) a femenino (ministra), demuestra cómo las mujeres han ido ganando terreno en la sociedad, en general, y en el ámbito laboral, específicamente. Igualmente, dichos usos son un testimonio de la capacidad de las mujeres para desempeñar las mismas actividades que los hombres. Se pone entonces en tela de juicio la superioridad de la que ellos han alardeado desde tiempos remotos.

¿ENTONARSE O PRENDERSE?

Hay un refrán por ahí que expresa: «Dime con quién andas y te diré quien eres». Yo lo reformaría de la manera siguiente: «Dime qué dices y te diré quien eres». Por eso, el modo de ser del venezolano y su habla están en una relación indisoluble. A ese modo, se suman la cultura y la identidad nacional. Una de las actividades que está ligada a la esencia del nativo de esta tierra —y si se quiere del hombre universal— es la ingesta de bebidas alcohólicas, lo que ha motivado el surgimiento de una gran variedad de voces para denominar tanto el proceso como el efecto del consumo de la sustancia etílica, como bien lo expresa Edgar Colmenares, en su obra *Designaciones de borracho en el habla venezolana*⁶. Según el investigador, se crea un vínculo en torno a tres palabras: «borracho», «borrachera» y «emborracharse». Con estas tres voces se genera entonces todo un campo de relaciones, con una carga emotiva.

Asimismo, se propician varios términos para designar la bebida alcohólica en cuestión y la cantidad de la misma. Seleccioné las voces que consideré más frecuentes en el léxico del venezolano actual. Agregué otros refranes que, según creo, son más usados.

Al borracho se le dice también «curdo», «mariado», «tomado» o «rascado». Esta palabra viene de «rascarse», del efecto producido al frotarse la piel, que se enrojece. Se le llama, por lo demás, «prendido» o «encendido», estableciendo una relación con la combustión y con el fuego. A la borrachera se le dice «rasca», «pea»

⁶ Edgar Colmenares del Valle, *Designaciones de borracho en el habla del venezolano*. Caracas, Editorial Grano de Oro, 1989.

y, muy coloquial, «comemierda». «Pea» proviene de «peo» que, en el habla informal, significa «pleito o escándalo», por asociación se designa así a la embriaguez, ya que cuando se ha abusado de las bebidas alcohólicas, con mucha probabilidad, se está propenso a las fuertes discusiones o riñas. A la acción, o al verbo de emborracharse, se le llama «encenderse», «entonarse», «prenderse» o «estar curdo».

Las variaciones de uso de estas voces dependen del grado de ebriedad en que se encuentre la persona: no es lo mismo «entonarse» que «prenderse». A la bebida se le dice «palo», por los efectos dañinos que causa en el cuerpo. De ahí sale «palamentazón» y, de quien se excede, se dice «se pasó de palos». A la sustancia etílica se le designa genéricamente «caña», a la abundancia de esta, «cañandong» o «cañamentazón». De beber o tomar surgen varios derivados asociados con la excesiva ingesta de la sustancia etílica, tales como «bebedor» (o «tomador»), «bebedera» (o «tomadera») y «bebezón».

El borracho tiene, asimismo, su propia filosofía manifestada en refranes como: «Más vale borracho conocido que alcohólico anónimo»; «borracho no come dulce»; y «borracho dice la verdad». A los efectos ocasionados, palpables al día siguiente, por el exceso de las bebidas alcohólicas, se le llama «ratón» y a la acción de esto «enratonarse».

En torno a la bebida, el aguardiente, cañita o cañamenta, dependiendo de la cantidad, se han generado múltiples voces, asociadas en algunos casos a la noción de combustión (prenderse o encenderse). Existen muchísimas más. Solo escogí algunas de tantas. Para ello, me basé en mi competencia como hablante del español de esta parte de Sudamérica, ya que mi propósito es, mediante una pequeña selección, demostrar lo productivo que es el venezolano a la hora de crear voces que plasmen, lo mejor posible, su realidad y su comportamiento en determinado momento.

¿EMPATE O NOVIO?

Algunas palabras —y con ellas sus expresiones—, usadas por nuestros abuelos nos resultan totalmente extrañas. Sentimos que estas han quedado en el pasado. Eso se debe a que el lenguaje está en constante transformación. Además, existe una identificación de las personas con lo que dicen.

El lenguaje refleja entonces la esencia del individuo. Mediante esta preciada herramienta, demostramos quiénes somos. Cuando usamos las palabras y frases preliminarmente seleccionadas, ponemos al descubierto cuáles son los verdaderos pensamientos que invaden nuestra mente.

Lo anterior sigue ocurriendo aun cuando adornamos lo que decimos mediante el empleo de voces atenuantes: si nos referimos a una persona «mayor» como un individuo de la «tercera edad», en vez de, por ejemplo, «viejo(a)». Esta palabra, dicho sea de paso, puede tener un tono despectivo.

Asimismo —al igual como lo hace un artista con su obra—, somos creadores cuando hablamos. Eso se hace más evidente en el habla de los venezolanos. Nosotros, cuando abrimos la boca para conversar, nos convertimos en auténticos humoristas: los diálogos rebosan espontaneidad, viveza y simpatía.

Algunas frases que demuestran cuán productivo es el habitante de este lado del continente suramericano —referentes al tratamiento que se la da a la pareja, al comportamiento turbio en la relación como también a las acciones previas al acto sexual—, las presentaré a continuación.

En cuanto al modo como nos referimos a la pareja, tenemos palabras como «empate» por novio(a), o compañero(a). Esta palabra expresa un vínculo sentimental entre dos personas; «jeva» por mujer que simplemente se considera un «resuelve». Esta voz tiene un matiz igualmente muy coloquial e implica una relación sin compromisos, ocasional.

Para algunos, no obstante, equivale a novia y hasta con un tono respetuoso. Otra, bien despectiva, es «bicha», como se llama a una mujer de comportamiento dudoso que se va con cualquiera. Ahora, esta palabra ha extendido sus acepciones: se refiere también a una mujer chismosa y de mal comportamiento en general.

En relación a conductas poco adecuadas están los sustantivos, como «buzo»: persona que mira fijamente a otra con intenciones morbosas o sexuales, equivale a mirón o figón, y «cacho» o «cuerno» por infidelidad o traición.

Algunas manifestaciones del acto amoroso o anterior a este, se manifiestan en palabras como «amapuche», que se emplea con el significado de afecto y, a veces va más allá, llegando incluso al erotismo. Otra palabra que expresa lo mismo, pero en un grado mayor es «jamón» por beso efusivo en el cual se emplea la lengua. La acción (o sea el verbo) de «jamón» es «jamonearse» por caerse a besos. Una voz que designa a la mujer que incita al amor mediante el coqueteo, pero hasta ahí, sin llegar al acto amoroso, es «la caliente...» (ustedes saben qué) y «cojonera», que se refiere a la incomodidad sentida por los miembros del sexo masculino, debido a los largos períodos de abstinencia.

Con las palabras mencionadas anteriormente —las cuales tienen sus expresiones conocidas por todos—, el venezolano plasma el tratamiento dado al compañero(a) sentimental, su concepción sobre el amor y sobre las relaciones afectivas. Nunca dejando de lado la creatividad como ingrediente esencial de su lenguaje, este constituye, por consiguiente, un símbolo al igual que el «Alma llanera», la orquídea, la bandera y el escudo.

¿EMPATE O NOVIO? (II PARTE)

En vista de los muchos mensajes recibidos vía correo electrónico por el artículo anterior, «¿Empate o novio?», decidí escribir una segunda parte. Estoy contenta por tanta receptividad. Además, créanme, todas las cartas las tomo en cuenta para este espacio. Por ello, creí conveniente seguir hablando sobre el mismo tema. En particular, me llamó la atención la comunicación de Nicolás Piquer, en la cual expresó que, tanto él como yo, «coincidimos en el interés por la forma como las palabras, en el tiempo, van perdiendo su valor semántico (varían de significado)». Agregaría a esto: que van apareciendo nuevas palabras, las cuales —por decirlo de alguna manera— van sustituyendo en el significado a las viejas, como lo es el caso de «empate» por «novio», que ya no se usa tanto con el significado de (con) prometido.

Al mismo tiempo, las antiguas adquieren otras acepciones (se actualizan) como novia por «jeva». Estoy de acuerdo en que «novio» tiene un significado original que, en la actualidad, ha variado un poco, o se ha perdido parcialmente. Comparto la opinión de Piquer referida a que «novio(a)» aludía al hombre o a la mujer que adquiriría un compromiso formal con intenciones matrimoniales.

En la época de mis abuelos, no debía existir contacto de tipo sexual, aunque siempre había sus excepciones. Por eso, se daban los matrimonios apresurados con hijos «prematuros». «Novio», en la actualidad, ha tomado un sentido más informal. Equivale, en algunos contextos, a «empate». Para aquellos que sí tienen interés en el matrimonio, se habla de «prometido(a)».

Estoy de acuerdo también en que «jamón» tiene una acepción que implica mucho más que «besuqueo», de hecho dije textualmente que significaba «beso efusivo en el cual se emplea la lengua». Al igual que Piquer, considero que «cojonera», significa además «de la incomodidad sentida por los miembros del sexo masculino, debido a los largos períodos de abstinencia», «la excitación precoital no satisfecha», como lo señala Piquer.

A esto añado: «dolor en los testículos por abundancia de semen». Prefiero manejar un código menos directo por mi condición de dama. Busco atenuantes entonces, porque no puedo exponer las cosas con la misma libertad como podría hacerlo un hombre. En cuanto a «amapuche», remito la información textual que encontré en un diccionario: «demostración de afecto o cariño, abrazo» y, por supuesto, no está incluido el erotismo. Por consiguiente, digo que «a veces va más allá, llegando incluso al erotismo» (léase: por lo general, no).

El fin de exponer estas palabras es demostrar lo imaginativo que puede ser el venezolano cuando se comunica y mostrar cómo la lengua está en constante variación, regeneración, ya que, por ejemplo, surgen voces cuyos significados se van actualizando mientras que, al mismo momento, aparecen otras nuevas que constituyen una alternativa para el hablante, quien dependiendo de la ocasión dirá, por ejemplo, «novio» o «empate», «beso efusivo» o «jamón», «novia» o «jeva», «joven» o «chamo», «pana burda» o «amigo fiel».

Quiero expresar finalmente que nunca debemos sentirnos avergonzados cuando utilizamos estas voces que son reflejo de nuestra identidad, como el arpa llanera y la típica arepa en la mañana, a la hora del desayuno, rellena con jamón o queso y untada con mantequilla.

¡FULANO ES UN BICHO!

Es una barbaridad pensar que los venezolanos hablamos mal, que utilizamos un vocabulario limitado e incurrimos constantemente en vicios del lenguaje. Lo sensato es entender que tenemos una variedad propia del español, lo que significa que poseemos un modo diferenciado del español hablado en España o en cualquier lugar de América, como Perú o Argentina.

Cuando nos comunicamos, uno de los rasgos que nos identifica como hablantes de esta tierra es la capacidad expresiva. Prueba de ello la constituyen las voces para significar, el carácter de formalidad que reviste una relación amorosa, con cierta precisión, hasta establecer grados, como «novio» o «empate». Lo anterior es muestra de algunos de los tantos recursos que nos brinda el lenguaje, como discriminar: marcar las diferencias, incluir y excluir. Asimismo, en caso contrario, un «bicho» puede ser un insecto, un objeto o una persona de mal comportamiento (fulano es un «bicho»).

Igualmente, el venezolano emplea muchas voces que se refieren a variados estados de ánimo o que denotan ciertos comportamientos. En el primer caso, si disfrutas mucho algo: «estás tripeando»; en el segundo, a la hora de definir a aquellos que se inmiscuyen en todo, hablamos de «metiche» por entremetido. A los aduladores, los llamamos «jalamecates», «chupamedias» y «jalabolas», y a los que les gusta llamar la atención, «pantalleros».

El hablante de esta tierra no es solo afortunado por el petróleo y las bellezas naturales. También lo es por la riqueza de la lengua, reflejo de su mundo interior y de su manera de enfrentar las circunstancias por más difíciles que estas sean con ese don de gentes que nos distingue hasta en la Cochinchina.

¡QUÉ BUENO ESTÁ FULANO!

En Venezuela no solo tenemos petróleo. Tenemos también una forma de hablar que es un patrimonio más, como decía el apreciado Ángel Rosenblat. El español de Venezuela es, pues, un tesoro como lo son la bandera y el escudo patrios.

El modo de hablar de los nacidos en la tierra de Bolívar es tanpreciado como el español hablado en otras partes de Latinoamérica y, por supuesto, como el español que se habla en España. Y, asimismo, debemos saber que el vocabulario de una región está en relación con la cultura y la identidad nacional de un pueblo. Esto es la imagen que albergamos nosotros mismos como venezolanos y la valoración que devengamos hacia dicha imagen. Obviamente, si nos despreciamos y pensamos que otros tienen una cultura superior a la nuestra, la propia lengua será el blanco de ataque de muchos.

Les mostraré mediante las palabras bueno y buena, y otras formaciones a partir de estas palabras, lo creativos y productivos que podemos ser los venezolanos cuando hablamos.

Algunos empleos de las palabras «bueno» y «buena» y de sus derivados —que he observado en el español del venezolano con sus referidas situaciones de uso— los presentaré a continuación. Si los hombres ven a una mujer hermosa dicen: «¡Qué buena está fulana!». Y si es bella en extremo: «¡Qué buenota está ella!». En el caso de que las mujeres pillemos a un hombre muy apuesto, igualmente, exclamaremos dándole un vistazo al susodicho de arriba abajo: «¡Qué buenote está!».

Cuando ocurre algo que no esperamos o nos plantean una cosa positiva para nosotros, pronunciamos —con mucho agrado y poniendo énfasis en cada palabra— el adverbio «buenísimo». Y dicho sea de paso, eso de que la forma correcta es «óptimo», pasó a mejor vida.

En el habla del venezolano, «buenísimo» reemplazó de un plumazo a «óptimo». Cuando vemos a una persona de sentimientos nobles y de justo proceder, la calificamos de «buena gente». Esto equivale a «tiene un corazón de oro».

Si alguien nos hace daño, con o sin intención, no pensamos dos veces en increpar a esa persona una frase como: «¡Qué buena vaina me echaste, vale!». Cuando alguien se consigue un novio que lo tiene todo, o casi todo, como aquel banco, no dudamos en comentar: «¡Qué buen partido, chica!», y añadimos: «¿De dónde lo sacaste?». Si observamos que una persona es demasiado tranquila, que aparentemente no mata una mosca, y es hasta medio tonta, la llamamos «buenecita».

Si alguien ha dado un cambio radical de su imagen para bien, claro, decimos: «¡Qué bueno se puso fulano!». En las ocasiones en que se nos ofrece, de manera sorpresiva, una oportunidad ventajosa como también si escuchamos noticias favorables de alguien, pronunciamos con mucho gusto: «bien bueno, chico» por «eso es muy bueno» o «es lo mejor que te ha podido pasar».

Los ejemplos de bueno y de formaciones a partir de esta palabra son una muestra de las cualidades del hablante de esta tierra. Él mismo —aparte del humor y del ingenio que lo distinguen en la Cochinchina— tiene también la facultad de crear nuevas palabras como «bienbueno» o de añadir otras acepciones a las ya conocidas, «bueno» por «apuesto».

Algunas de esas nuevas voces cuyo uso perdure en el tiempo ingresarán en los diccionarios del habla del venezolano, y en el *Diccionario de la Real Academia Española*. El hecho de que no ocurra así, no invalida su empleo, siempre reflejo de la idiosincrasia del hombre natural de este territorio.

¡ESTÁS AGÜEVONIADO!

Es indiscutible que el venezolano a la hora de hablar tiene una soltura que, me atrevería a decir, es única. Una palabra puede desarrollar múltiples significados aparte de los ya conocidos («chorreado» por manchado o sucio, y asustado). Además —a partir de la raíz de dicha palabra— se forman adjetivos cuyas terminaciones, o sufijos, añaden un significado adicional, ya sea aumentativo («barrigón», «cabazón») o despectivo (fastidiosón»). También se construyen verbos para expresar la acción del adjetivo que funciona como sustantivo («chorreado» origina «chorrearse» por «mancharse» o «asustarse»). Estas nuevas formaciones se usan dependiendo del grado de confianza que tenga el hablante con su interlocutor como también de la formalidad que revista la ocasión: si está en una reunión de trabajo con el jefe o en una cervecería con un pana. Con algunas acepciones de la palabra huevo —y de todas las derivaciones, calificativos y verbos que se forman a partir de dicha palabra— pretendo demostrar lo auténtico que es el venezolano cuando se comunica. Tanto la palabra en sí «huevo» como las formaciones que provienen de ella («ahuevoniado») son utilizadas en el habla muy informal. Cuando la palabra no se refiere al embrión, tampoco al alimento ni mucho menos al modo de su preparación, sino, por ejemplo, al órgano sexual masculino, se trata de una palabra —como dirían los académicos y puristas del idioma— malsonante. Asimismo, en algunas partes de América, se usa con el significado de testículo. Para nosotros los venezolanos, se refiere al pene.

En cuanto a los calificativos, están: «huevón», «huevaona» (con sus respectivos sufijos aumentativos *-on* y *-ona*), los cuales — en Venezuela, aparte de servir para construir los adjetivos en femenino y masculino— tienen un valor despectivo como también lo tiene el adjetivo «huevonsote». Las mismas palabras aún más coloquiales, con alteraciones en sus sonidos iniciales, son «güevón» y «güevona» por holgazán, flojo, lento, tonto, etcétera. De hecho, estas palabritas «huevón» y «huevaona» aparecen en el *DRAE*.

Hay una expresión, por supuesto, coloquialísima: «¡Chico, estás ahuevoniado (agüevoniado)!» por estás atontado o, como quien dice, «quedado en el aparato». Y cuando alguien habla de más: «¡Fulano sí habla huevonadas (o güevonadas)!» por hablar tonterías, sandeces. Por eso, no es un sacrilegio mencionar esas palabras. Como lingüista y profesora del área del lenguaje, considero que representan voces dignas de estudio y no despreciables, como seguro pensarán algunos.

Por consiguiente, analizarlas constituye un motivo de reflexión sobre lo espontáneo que es el nativo de esta tierra. También nos permiten presumir del español, por lo demás, riquísimo, que se habla aquí en la ciudad natal de Andrés Bello. Vemos entonces cómo a partir de una palabra se forman otras. Y, además, cómo una misma voz desarrolla otros significados, que son una garantía de la preservación del idioma español.

Una vez más me queda por decir que el venezolano demuestra simpatía, creatividad y humor cuando habla. Por ello, no debemos nunca despreciar nuestra lengua, reflejo, tanto de la manera como percibimos las cosas que nos ocurren como de la manera de organizar el mundo individual. Colocamos etiquetas que nos permiten decir mucho en pocas palabras, o sea, aplicamos la ley del menor esfuerzo, como se dice en lingüística.

¡QUÉ BUENA VAINA!

No dejaré de sorprenderme jamás de la capacidad expresiva del venezolano que se manifiesta en su especial modo de hablar. Prueba de ello la constituyen la gran cantidad de voces para significar, con más exactitud, el sentido para describir, por ejemplo, el carácter de formalidad que reviste una relación amorosa, con cierta precisión, hasta establecer grados, como el caso de «novio» o «empate». Esto es prueba de los recursos que brinda el lenguaje como discriminar: marcar las diferencias, incluir y excluir.

Asimismo, en caso contrario, un «bicho» puede ser un insecto, un objeto o una persona de mal comportamiento («fulano es un bicho»). Eso se debe a que otro de los recursos propios del lenguaje es la generalización.

Generalizar, al contrario de discriminar, es obviar las diferencias que puedan existir con el fin de simplificar la realidad y reordenar nuestras vivencias. Un caso extremo de generalización hasta llegar a la abstracción en el español venezolano se puede probar a través de la palabra vaina y con ella toda una gama de expresiones que se emplean en el habla del venezolano. Esa palabra es, pues, una voz comodín o de múltiple uso. La voz vaina, al mismo tiempo, significa «todo y nada». Puede abarcar cuanto sea posible, como cualquier objeto: «¿Dónde compraste esa vaina?»; un estado o situación de desdicha, actuando como un adjetivo, como en este caso: «María está envainada; no pega una», o como un verbo: «Helena se envainó».

Cuando no se conoce un objeto; no se sabe su nombre ni tampoco su uso, más de un venezolano se pregunta: «¿Qué vaina es esa?». Todo es entonces una vaina. Cuando se le hace una invitación a alguien a una fiesta que promete ser divertida decimos algo como: «Anímate que la vaina va a estar muy buena». Si se trata de una situación de desgracia o desagrado: «¡Qué vaina tan mala!». O «¡qué buena vaina me echaste!» y hasta un poco de dinero puede ser una vaina: «Préstame una vainita».

El sentido de la mencionada voz llega a ser tan amplio que, de la misma manera que puede aludir a algo positivo como: «se le acomodó la vaina» por «hizo un buen negocio» o «se le presentó una buena oportunidad», puede ser capaz de polarizar su significado y pasar a ser algo negativo, como el cambio de ánimo de buen humor a uno irritable: «¿Qué vaina te pasa?». La adversidad o mala suerte es una «vaina seria». Hasta los sentimientos se pueden transformar en «vainas» como un fuerte amor: «Aún no se le pasa esa vaina; sigue pensando en él».

La cantidad de significados que pueden atribuirse a la palabra «vaina», cuyo sentido primogénito alude a aquel vegetal que se combina con zanahorias, es una muestra de uno de los recursos que nos brinda el lenguaje a través de la generalización para simplificar la realidad y clasificar así las experiencias propias.

Con base en lo anterior, el modo de hablar de una comunidad demuestra, entre otras cosas, la forma particular de percibir el entorno de los hablantes que la forman. Y cuando ordenamos los fenómenos que percibimos, por medio del mecanismo de la generalización, logramos comprenderlos. Por eso, los calificativos despectivos hacia nuestro modo de hablar como vulgar, solo revelan el desconocimiento que cada comunidad tiene de su particular modo de expresión, producto de la percepción personal que tienen sus integrantes de cuanto les rodea.

¡SE LEVANTÓ UNA JEVA!

Venezuela no solo es un país rico por el petróleo o por sus bellezas naturales como todo el mundo cree. La tierra del Libertador de América Simón Bolívar es rica también por el modo de hablar de sus habitantes, que al ser reflejo de la identidad nacional de estos constituye un símbolo patrio como el escudo o la bandera. Además, por ser dicha lengua imagen de esa identidad, es natural que tales habitantes tengan también una particular manera de hablar, producto de su modo de vida y de su cultura. De ahí que exista todo un abanico de posibilidades de las variedades del español equivalente a cuantas naciones existen en Hispanoamérica. Uno de los campos más prolíferos del vocabulario del venezolano es el que atañe al léxico de las relaciones amorosas, a la consumación de las mismas, como también a sus participantes, actitudes y comportamientos, tal como nuestro a continuación.

Cuando un caballero enamora a una mujer de manera incansable y sin piedad a tal punto que no la deja en paz hasta que se rinde a sus halagos, se habla de «atacar» por enamorar («Fulano ataca a María»). De ahí la palabra «atacadera» como la que define el nombre de la actividad que realiza el que se empecina en tal empresa («¡Deja esa atacadera con María!»). Si el resultado de la «atacadera» es positivo, es decir, el don Juan se sale con la suya, se trata de un «levante» cuyo verbo es «levantar» por conquistar («¡Fulano se levantó a una jeva!») y si tal «levante» es un buen partido se dice: «¡Tremendo levante, chico(a)!». Y también como resultado provechoso de esa «atacadera», al amante ocasional con el que no se tiene compromiso se le llama «resuelve».

Existen dos verbos «tirar» y «coger» que significan hacer el amor o copular. Los mismos ya no se pueden considerar voces tabúes. Asimismo, está la expresión «echar un polvo» por un acto sexual apresurado o improvisado.

No obstante, el uso de esos verbos y de la expresión anterior se restringe al habla informal, quedando su empleo, está de más decirlo, fuera de las conversaciones de mesa.

Igualmente, en este terreno del amor, «parar» extiende su significado de «levantarse», propio del español de Venezuela, y es equivalente a la erección del miembro masculino, al que se le llama coloquialmente «paloma». De ahí la expresión muy conocida por ustedes. Con las palabras y las frases mencionadas, el venezolano define su comportamiento en las relaciones amorosas; plasma el tratamiento dado al compañero(a) sentimental y de manera ingeniosa expresa cuándo las relaciones se consuman. Mediante la herramienta del lenguaje el nativo de esta tierra pone al descubierto su manera de entender sus amoríos y su visión en cuanto al sexo, nunca dejando de lado la creatividad y el humor.

A modo de reflexión, el léxico está vinculado a la identidad como bien sabemos. La misma está sujeta a transformaciones: hay una identidad de la IV y otra de la V [República]. El léxico —al estar tan unido a la misma— es vulnerable a cambiar constantemente, por ejemplo, cuando en una época la palabra novio tenía un carácter tan formal que aludía a compromiso matrimonial, mientras que ahora en algunas situaciones es equivalente a las palabras «resuelve» o «empate» y en ciertos contextos novia es sustituible por «jeva». Esta situación sería calificada por los puristas como la desintegración del español.

¡QUÉ GAFO ERES!

Parece mentira que aún existan personas que piensen que los venezolanos hablamos mal; que tenemos un vocabulario limitado e incurrimos, para colmo de males, constantemente, en vicios del lenguaje.

Es increíble, además, que muchos no entiendan, de una vez por todas —pido asistencia divina para ello— que hablamos una variedad del español con rasgos propios; que poseemos un modo diferenciado del español hablado en España. Ese modo no es menos digno que otros modos, porque el mismo es reflejo de nuestra identidad.

Recordemos a Andrés Bello cuando decía: «Chile y Venezuela tienen tanto derecho como Aragón y Andalucía para que se toleren sus accidentales divergencias, cuando las patrocina la costumbre uniforme y auténtica de la gente educada». Al rastrear algunas voces que usamos, podemos contactar todo lo anterior y tumbar al fin, sin que sobrevivan fantasmas, todos aquellos prejuicios que mantienen algunos sobre su lengua, patrimonio cultural. Estos prejuicios son reforzados asimismo, a veces, por diccionarios, ya que con ellos se pretende registrar el léxico de una comunidad bajo un criterio restrictivo.

Ángel Rosenblat en su obra *Estudios sobre el habla de Venezuela. Buenas y malas palabras*⁷, señala las acepciones particulares

⁷ Ángel Rosenblat, *Estudios sobre el habla de Venezuela. Buenas y malas palabras*. (2 tomos). Caracas, Monte Ávila Editores, Biblioteca Ángel Rosenblat, 1987, t. I, pp. 67-69.

que los hablantes de esta tierra atribuimos a la palabra gafo. Esta palabra, según el autor, designaba en los períodos antiguo y clásico, al leproso y, siendo así, representaba una de las mayores ofensas, motivo de sanción legal, entre otros insultos como «cornudo», «traidor» o «hereje».

En cambio, actualmente, entre nosotros, gafo equivale a «bobo», «necio», «tonto». También Rosenblat nombra algunas de sus derivaciones como «gafota»: «eres una gafota» o «gafilandia». E ilustra una serie de usos de esta palabra, por ejemplo, cuando: 1. un amigo cuenta un chiste malo, se dice «sí eres gafo» o «no seas gafo»; 2. estamos comprando algo y el empleado se demora bastante y asentamos: «este hombre sí es gafo»; 3. a un individuo le ofrecen un alto cargo y duda en aceptarlo, su mujer le increpa: «no seas gafo, aprovecha la oportunidad»; 4. cuando la gafedad es de nacimiento («es un gafo», «tiene un hijo gafo») y si es ocasionalmente («yo sí soy gafa» por torpe); 5. uno «se hace el gafo» y obtiene ventajas de ello; 6. al tímido se le dice «gafito» o «gafita», entre otras acepciones que da Rosenblat, incluyendo el tono despectivo («ahí va el gafo ese»). Estas acepciones prueban que el español de esta tierra es tan valioso como el de España o de otras partes de América.

La palabra gafo en España tiene otros significados; según el *DRAE*, «que tiene encorvados y sin movimiento los dedos de la mano» o «que padece la lepra llamada gafedad», significado que le da el origen a la voz en cuestión.

En la edición del diccionario académico de 1992, aún no se registran los significados de la voz usados en la tierra de Bolívar. Por eso sostengo que unos diccionarios refuerzan tales actitudes negativas de menosprecio hacia el español de Venezuela, el cual representa una variante original, entre otras que existen, y que todas juntas forman el gran sistema, el de la lengua española.

Identidad y lengua son elementos indisolubles. Ambos conforman la cultura de un pueblo. Si se niega cualquiera de ellos, se anula la idiosincrasia: lo que nos identifica como tales en cualquier lugar del mundo.

¿TRIPEAR O DISFRUTAR?

Nunca me cansaré de demostrar lo ingenioso que es el venezolano a la hora de crear palabras que expresen, lo mejor posible, su estado de ánimo y la forma particular de procesar la realidad o de percibir su entorno.

Creo que es un tema inagotable. Tal forma de hablar pone en evidencia nuestra idiosincrasia, en que se manifiestan cualidades como humor, solidaridad y optimismo. Pone en evidencia también la gran capacidad que tenemos de enfrentar las adversidades con una sonrisa en los labios y con el mejor de los ánimos. Todo ese vocabulario se puede clasificar, por ejemplo, en el vocabulario del béisbol, del amor (I y II) y en las formaciones de nuevas palabras partiendo de una base: «agüevoniado», que viene de la palabra «huevo», que alude al órgano masculino. En ese caso, reúno unas voces que denotan ciertos comportamientos, ya se refieran a varios estados de ánimo o formas de carácter que resalten un rasgo particular, como también maneras de reaccionar frente las circunstancias muy propias de los venezolanos.

En cuanto a las maneras de reaccionar están palabras como: «engorilarse» (verbo) por molestarse hasta el punto de no razonar, equivalente a alebrestarse, y «engorilado» (adjetivo) por molesto en extremo, a la par de «alebrestado».

La gente que por cualquier cosa se enoja o encoleriza la llamamos «fosforito». A las mujeres de carácter fuerte, los hombres les dicen «mapanares» o «cuaimas». A las personas aburridas les expresamos: «tú si eres fu, chico(a)» y a los miedosos «culillúos». A

quienes les gusta llamar la atención «pantalleros», y «faranduleros» cuando estos se relacionan con artistas.

A los que mienten todo el tiempo, los llamamos «mojone-ros» equivalente a «coberos», con el sufijo *-ero* de carácter aumentativo, cuyo verbo es «cobear» y el sustantivo «coba» por mentira, embuste o engaño. A los que hablan tonterías o «güevonadas», se les dice «pajúos».

Aquel tipo o tipa que molesta hasta el cansancio, le decimos «ladilla», y aludimos así a aquel animalito mínimo que fastidia demasiado por el escozor que provoca en las partes íntimas.

Cuando alguien nos agrada mucho: «eres una nota, chico(a)». El individuo que se guarda todo, es decir, pichirre, le increpamos la frase: «tú si eres caleta» y «encaletarse» por la acción. Estas voces provienen de la jerga delictiva y han pasado al vocabulario estándar, con un matiz informal. Cuando alguien no es de fiar, lo llamamos despectivamente: «gran carajo». Aquella persona que siempre se sale con la suya, la denominamos «lechúo» por sortario o con suerte.

Cuando alguien rochelea o habla muchas incoherencias le decimos: «¿Estás fumao?», que ya no se usa tanto con el sentido de drogado de donde proviene la palabra. Si la pasas bien y disfrutas mucho, «estás tripeando». A quienes se inmiscuyen en todo les decimos, «metiches» por entremetidos. A los aduladores, los llamamos «halamecates» (o «jalamecates»), «chupamedias» y «jalabolas».

Una vez más me doy el gusto de decir que el hablante de esta tierra no es solo afortunado por el petróleo y por las bellezas naturales, sino por su lengua. Esta constituye una gran tesoro, reflejo de su mundo interior, de su manera de procesar lo externo y asumir las circunstancias por más difíciles que sean con entusiasmo y con ese don que nos distingue hasta en la Cochinchina.

¿PUTA O PROSTITUTA?

Una de las palabras que más puede insultar a una mujer es aquella que pone en duda su pudor sexual, hablo de la voz «puta», muy usada en el habla del venezolano. Curiosamente, esa palabra —o algunos de sus sinónimos— evidencia cómo el machismo hace de las suyas en los aspectos involucrados en la sexualidad.

Mientras que un hombre que se acuesta con algunas mujeres es considerado un don Juan; una fémina que sale, en diferentes circunstancias, con varios miembros del sexo opuesto, es mal vista por todos. Además, esa voz —que se viste de diferentes atuendos según la ocasión— muestra cómo se puede decir casi lo mismo mediante diferentes voces, como puta, prostituta o meretriz, dependiendo del grado de formalidad que revista la circunstancia. La tercera está casi en desuso.

La palabrita tiene su historia. Empieza por ser nombre propio femenino que significa diosa protectora de los árboles. Luego, *putus* pasa a ser «muchacho» o «chico». Debido al tipo de vida de los romanos —algo alborotada— que generó el amor libre, la voz fue adquiriendo una connotación ofensiva.

El término que se refiere a la mujer explotada sexualmente, en un principio, aludía a aquella que libremente accedía a los placeres del sexo, al margen de las normas y de las reglas vigentes en la sociedad de la Edad Media.

La palabra «puta» en la actualidad ha vuelto a tomar una acepción de tener sexo con alguien que le agrada a la mujer, es decir, le atraiga física o espiritualmente, o en hacerlo por obtener algún tipo

de beneficio. En cambio, «prostituta» es aquella que se acuesta calculadamente con un hombre que pueda satisfacer sus necesidades de tipo económico, por ejemplo, y está en el mismo nivel que la otra que se para en una esquina o permanece en la barra de un bar esperando un cliente. A pesar de lo anterior, la que tiene relaciones sexuales con un caballero que le agrada, quizás, en la primera oportunidad que la vida le presenta, en vez de la quinta, para demostrar que es decente, más que «puta», puede ser libertina para muchos, quizás, sincera para algunos de mente más abierta en asuntos como estos en que la falsa moral prevalece e involucra en el escenario ciertos prejuicios que se ocultan, sobre todo detrás de un aro de matrimonio. Ese aro, a veces, se usa más por apariencia que por representar lazos de unión blindados por el verdadero amor.

Un caso interesante de la mencionada acepción de «puta» es la aparición del verbo «putear» para describir ese comportamiento de índole sexual de andar con el moño suelto por ahí, rompiendo corazones o permitiendo que se lo rompan a la susodicha que se expone a tales andanzas.

En la sociedad actual es mal visto el comportamiento apresurado de una dama. A diferencia del hombre que puede llevarse a la cama a cuanta mujer quiera cuando le plazca sin ser duramente juzgado.

Lo anterior me hace pensar en que el hombre sigue ejerciendo una cuota gruesa de poder en el momento de hablar de sexo, cuando las reglas deberían ser las mismas para ambos, una vez que las damas se han liberado económicamente de los caballeros demostrando igual valentía y liderazgo en el momento en que se necesita sacar una familia adelante.

CAPÍTULO III

CONSIDERACIONES PROPIAS DEL ANÁLISIS DEL
DISCURSO SOBRE EL LENGUAJE Y SU INFLUENCIA EN
EL COMPORTAMIENTO, LA LIBERTAD O NEGACIÓN
DE LA MISMA EN PRÁCTICAS COTIDIANAS

LENGUAJE Y VIOLENCIA

Nos aterramos de la violencia física pero nos hacemos la vista gorda frente a los ataques verbales. Muchas personas creen que la agresión corporal es peor que la violencia que contienen las palabras cuyas intenciones no son tan claras o definidas. Esto no es cierto.

El lenguaje es tanto reflejo de la mente humana como canal de transmisión de pensamientos y emociones. De ahí que el mismo representa un modo de hacer tangibles las acciones. Unos cuantos tienen la convicción de que las acciones pesan más que las palabras. Se desconoce, por lo tanto, que el lenguaje es una forma de acción, donde la intención y la acción van de la mano. Una prueba de ello son los verbos como «prometer», «declarar» y «amenazar». El lenguaje es también un «hablar al hacer». Esto significa, según el filósofo inglés John Austin, que «se habrá hecho algo al pronunciar esas palabras».

Entonces, siendo así, con cada oración, en unas condiciones específicas (tiempo, lugar, participantes y situación), se puede cambiar el rumbo de los hechos y de las circunstancias, el estado de las cosas y la historia misma. Entonces, si existe violencia en el lenguaje, ¿cuáles son las consecuencias en la realidad, social o política, de un pueblo, o sociedad?

Al hablar de los ataques verbales, el insulto es una de sus manifestaciones más notorias, como una palabra ofensiva, o un calificativo despectivo (ignorante). Sin embargo, hay otras formas de manifestación, o actos del lenguaje —como la amenaza—, que son tan negativos como un insulto. Esos actos pasan, la mayoría de las

veces, desapercibidos; su huella es psicológica, y no corporal y ello se debe a que, al estar encubiertos, se prestan a varias interpretaciones.

El límite entre, por ejemplo: 1. una amenaza; 2. un consejo; y 3. una promesa, a veces, es difuso («no hagas tal cosa porque te puede pasar esto»). Solo la situación en sí nos puede dar claves para descifrar cuál de las tres opciones anteriores corresponde a lo que en verdad quiso decir el interlocutor. El verbo mal usado, con pugnacidad, tiene entonces tres efectos: 1. coarta la libertad de pensamiento del interlocutor; 2. ataca su imagen; y 3. disminuye su espacio para actuar. Una frase u oración, —escrita o pronunciada, en un momento y un lugar específicos, a una persona concreta— actúa en la mente humana de la misma manera que cuando se acciona un botón; genera así la capacidad de respuesta, o de interpretación.

Dicha interpretación va de lo general a lo particular, es decir, de los conocimientos compartidos por todos, como qué se hace en un restaurante, farmacia o supermercado, hasta los más personales; nuestras propias experiencias, valores y visión del mundo. Por eso es que si no se tiene cuidado con las palabras, ellas podrían generar situaciones peligrosas, encuentros desafortunados, estancamiento o agresión. El lenguaje, además, cargado de emociones, sobre todo de las negativas, nubla la capacidad de reflexión. Por ello, la emoción y el razonamiento deben estar equiparados, y así hay un equilibrio en las acciones; y posibilidad de solucionar los problemas.

Las palabras tienen efectos en la vida diaria; el lenguaje es una forma de acción y, yo diría, de reacción. A través del mismo, podemos construir pero también destruir; edificar o derrumbar; levantar o aplastar; y se puede declarar una guerra o finalizar una contienda.

NEGOCIACIÓN Y LENGUAJE

No solo se negocia el precio de las cosas valiosas. Se negocia también la imagen, esto es, la necesidad de aprecio y de respeto que todos tenemos. Es también esa sensación que nos hace sentir tan bien cuando nos llenan de cumplidos y felicitaciones, en que reafirmamos el respeto hacia nosotros mismos.

La negociación —saber cómo pactar con el otro en cualquier situación, respetando su posición— juega un papel fundamental en el éxito o fracaso de los encuentros comunicativos.

Al igual que en los deportes, como el béisbol o el fútbol, en tales circunstancias, se puede ganar o perder. En las conversaciones coloquiales con un vecino o familiar, como también en las más formales —con alguien de autoridad, como el jefe— hay dichas y desdichas. El desenlace de tales coloquios dependerá del manejo de la cortesía: la valoración de la imagen que propiciamos hacia los demás. Dependerá, asimismo, de la conciencia, o conocimiento, que tenemos de esas situaciones: su grado de formalidad y de familiaridad con los participantes.

En las conversaciones cotidianas, así como en los encuentros verbales de mayor envergadura, los hablantes necesitan que su imagen sea valorada. Es imposible llegar a acuerdos u obtener la aprobación de alguien, si no existe respeto mutuo y confianza entre los participantes.

Por consiguiente, cuando se crea un ambiente donde la agresión y la violencia verbal son los platos fuertes del menú, las posibilidades de negociar son nulas. Negociar es usar estrategias para

sacar el mejor provecho de las relaciones: hacer los encuentros exitosos. Esto amerita del conocimiento y de la aplicación de ciertas tácticas en la comunicación. Quizá, la más importante es que, en una conversación, existen papeles compartidos; los integrantes tienen derechos y deberes. Existe también libertad de acción.

Esa libertad debe ser equitativa: si alguien abusa de la suya, limita la del otro. De esta manera, al disminuir su capacidad de acción, ataca su imagen, y bloquea así la negociación. En los casos en que la persona tiene más libertad de acción que sus interlocutores —por su jerarquía o fuerza de convocatoria— debe saber cómo canalizar esto de la mejor forma. Para ello, tendrá que ser cortés. Eso significa, según Helena Calsamiglia y Amparo Tusón, en su libro *Las cosas del decir*⁸, aplicar aquellas acciones compensatorias, o reparadoras, que evitan que nuestro receptor se sienta amenazado, o incómodo, por nuestras acciones. Una forma de hacerlo, por ejemplo, puede ser darle opciones de elegir («para ti sería mejor hacer esto o lo otro»), evitar las imposiciones («tienes que hacer esto porque si no...»), y los insultos, que causan daños irreparables a la imagen del otro. En el caso contrario, es decir, cuando hablamos con alguien que tiene más autoridad que nosotros —por ejemplo, nuestro supervisor o patrón—, debemos hacerle saber que respetamos su autoridad, y transmitirle que valoramos su conocimiento o experiencia.

Con base en lo anterior, a la hora de conversar, dependiendo del grado de confianza (si es un amigo o desconocido), o de la formalidad (si es un acto serio o una plática amistosa), de la posición, (mayor o menor autoridad), debemos saber cómo negociar, es decir, conocer el límite de nuestra capacidad de acción para no atacar la imagen del otro, en fin, cómo mover las piezas en ese tablero de ajedrez que es la comunicación.

⁸ Helena Calsamiglia B. y Amparo Tusón V., *Las cosas del decir. Manual de análisis del discurso*. Barcelona, Editorial Ariel, col. Ariel Lingüística, 1999.

DISCRIMINACIÓN Y LENGUAJE

Siempre ha existido la ley de la selva, del más fuerte o poderoso, de quien se impone pisando al resto. Eso significa que unos pocos, al tener más poder, privilegios o recursos, insisten en relegar y reprimir a los demás. La lucha, pocas veces, es directa. Casi nunca se da a conocer abiertamente cuál es el verdadero objetivo: disminuir la capacidad de acción del otro.

Es ahí cuando las excusas saltan a la vista. Las diferencias, como las de origen, ascendencia, religión, educación y lengua, se convierten en el blanco perfecto para atacar a los demás. Es una guerra sutil, enmascarada y fría, donde unos someten y otros resultan sometidos. En esta batalla, las armas son diferentes; el empleo de calificativos despectivos y el uso de algunas frases, cuyos significados propagan fuertes prejuicios.

Las palabras crean, pues, el escenario donde la imagen de un grupo, es decir, la necesidad de ser respetado y valorado por los demás, se reafirma. En tal reafirmación en que un grupo aumenta sus cualidades y disminuye sus defectos, unos ganan; en cambio, otros, a quienes se empuñan sus logros y aumentan sus fracasos, pierden.

Ahora bien, las formas de marginar, palpables en el lenguaje, se presentan después de negar que se tiene algo en contra del enemigo como también en el momento de describirlo, en que se ataca su imagen. Dichas agresiones se perciben no solo en conversaciones diarias sino además en libros, discursos, etcétera. Las mismas representan el abono para la desigualdad y la discriminación social;

su aceptación, consciente o no, va levantando grandes abismos en sociedades como la nuestra.

Las diferencias —como las de color de piel— son mentales. Según el analista del lenguaje Teun van Dijk, las razas no existen biológicamente. El racismo, o mejor, etnicismo, por lo tanto, está fundamentado en diferencias biológicas imaginarias. Para van Dijk, el etnicismo se basa en creencias sociales que tienen su origen en falsas percepciones, como la diferencia superficial de aspecto. Dichas creencias están solapadas; son muy pocos los casos en que las personas hablan honestamente y aceptan que son racistas (o etnicistas), o que desprecian a los demás, ya sea por razones socioeconómicas, de educación o religión. Este rechazo, según van Dijk, se manifiesta en frases tales como «yo no soy racista pero...» o «yo no tengo nada en contra de los pobres pero...», etcétera.

En frases como las anteriores, una vez afirmado algo se contrapone luego mediante el «pero»; lo que sigue constituye el prejuicio, la superioridad soslayada. Ese sentimiento despreciativo, en circunstancias de mayor transparencia, lleva a calificar al otro de, por ejemplo, «salvaje», «primitivo» o «ignorante», entre otros calificativos con una carga negativa superior («indio» o «tierrúo»). Creo que si existe alguna diferencia, aparente además, como la del nivel o grado de educación, se debe a que los recursos económicos del Estado no han sido distribuidos de manera equitativa. Por consiguiente, se ha negado a muchos las oportunidades de una buena instrucción. Esto también niega, en un futuro, el acceso a un mejor trabajo, a una vivienda adecuada como a variadas posibilidades de superación.

Entonces, no es sensato reforzar creencias prejuiciosas pues incitan a la desigualdad y a la discriminación; al enriquecimiento y al gozo de pocos a costa de la miseria y desdicha de muchos.

EL LENGUAJE DE LA REPRESIÓN

Cuando el instinto depredador salta a la vista y falsea la realidad, impera la ley de la selva; de quien se impone pisando la dignidad y el orgullo de los demás. Ahí surge la excusa perfecta: los países más avanzados son más aptos para gobernar a los menos avanzados. Esa idea se vende como la más justa y normal.

Es parte asimismo del concepto de que la guerra es tan solo una continuidad de la estrategia política y militar. En todo este panorama, hay una melodía de fondo cuyo mensaje es la represión. Se trata de un bombardeo donde unos someten y otros resultan sometidos. Tal es el caso en que el poder de un país, el de los Estados Unidos, anula la capacidad de acción de los demás, como la de Irak y la de los países latinoamericanos.

Todo lo anterior forma parte de un pensamiento ideológico —que como una tela de araña— va atrapando a sus víctimas, va operando de fondo, a nivel inconsciente. El mismo radica en que los miembros del grupo dominado, como los países latinoamericanos, asumen los estereotipos negativos proyectados desde afuera como propios, por ejemplo, la incapacidad para gobernar de nuestros líderes, hoy en día, y la pereza, que creó un modelo distorsionado de los indígenas americanos en la Conquista.

Al mismo tiempo estos estereotipos refuerzan, en el plano psicológico, aspectos nocivos como la debilidad, la ineptitud y la pasividad. Tales aspectos, mientras encadenan a dichos países a la pobreza, al subdesarrollo y a la marginalidad, los incapacitan a promover un cambio, con lo cual se les niega así la posibilidad de

asumir el control de su ambiente y de su producción, como lo es el petróleo en este momento.

En el caso de Irak, aparte de esto, las diferencias de religión, etnia y cultura, se convierten en el blanco perfecto para atacar a un pueblo. También liberar a una población de un dictador se transforma en la justificación ideal para someter sin piedad. Se trata de un juego cuyas reglas son desiguales para sus participantes, en que unos obtienen más poder gracias a la negación del poder de otros.

Las piezas de este juego se mueven de acuerdo con una ideología, que según la psicóloga Maritza Montero se caracteriza por intensificar las características negativas de la población sometida, en tanto que las cualidades positivas son minimizadas, produciendo así una imagen nacional falseada. Aquí los estereotipos crean, pues, el escenario donde la imagen de un grupo sale ganando tanto por el aumento ficticio de sus cualidades como la disminución progresiva de sus defectos, en cambio, otros —a quienes se les empequeñecen sus logros y aumentan sus fracasos— pierden. Los estereotipos permiten, por lo tanto, justificar los atropellos a los territorios dominados.

Finalmente en toda esta triquiñuela, según Montero, los sometidos, como los repuestos mecánicos, son intercambiables. Esto significa que hoy se trata de Irak, luego serán los países latinoamericanos, aunque, desde hace tiempo, ya lo son.

La descalificación, por consiguiente, a través de la historia, ha sido una excusa para reprimir al que está en el borde de la cerca puesta de manera arbitraria por el que somete. Se trata, pues, de una estrategia de ataque que, como un gas lacrimógeno, va inmovilizando a sus viejas víctimas. También esta estrategia va creando nuevas fuentes de poder que, mientras permiten a unos continuar mandando sobre los demás, van engendrando los tentáculos para ir buscando nuevas víctimas.

AGRESIÓN VERBAL EN LA POLÍTICA

En el cielo solo apreciamos las estrellas que brillan más. Asimismo, el éxito de un político depende de cuánto sobresalga, y con ello opaque a sus adversarios. De ahí que, para algunos, tener luz significa dejar en oscuridad a otros. Eso se hace bajo la premisa de que el fin justifica los medios.

Por consiguiente, la imagen de cada político —o sea, la necesidad de ganar adeptos— tiene que ser legitimada o reforzada. Lo anterior se consigue mediante la agresión, el ataque a la imagen del contrario. Así, se le resta su capacidad de acción; se le disminuye su poder. Por eso, la transparencia no caracteriza tales prácticas, en cambio, el insulto como estrategia de ataque sí lo hace.

Insultar es ofender, humillar, asaltar al interlocutor. Con los insultos se pretende, entonces, devastar la imagen del contrario; robarle sus seguidores. El fin de esto es ganar las elecciones, y obtener así mucho más poder, o mantenerse ocupando la silla presidencial, y consolidar el mando.

El insulto, según Adriana Bolívar en su artículo «El insulto como estrategia en el diálogo político venezolano»⁹, es tolerable en una sociedad hasta cierto punto. Cuando insultar se vuelve parte de la cotidianidad, es decir, sobrepasa los límites, se convierte en agresión física. Según la autora, insultar pone en peligro la posibilidad «de mantener el diálogo político y conservar la vida en democracia».

⁹ Adriana Bolívar, «El insulto como estrategia en el diálogo político venezolano» en: *Revista Oralía*, vol. 4, 2001, pp. 47-73.

Nuestra imagen se refuerza a través del afecto y del respeto que se nos brinda en las interacciones verbales, conversaciones formales e informales. Para Adriana Bolívar los insultos atentan contra la imagen del otro; por lo tanto, van en contra de la cortesía. Cuando se dan estas situaciones —en que la imagen es amenazada mediante los insultos— se hace necesario acudir a la cortesía para reparar los daños ocasionados.

Según Bolívar, el insulto forma parte de nuestra vida cotidiana, tiene una función catártica y social muy saludable; y puede servir de antídoto contra el engaño. También Bolívar señala que el insulto en una sociedad, no siempre es negativo, puede tener incluso un efecto de comicidad.

Asimismo, algunos tienen más acceso que otros. Lo anterior significa que poseen más chance que los demás de manifestar sus opiniones; tienen tanto más control sobre el pueblo como oportunidad de legitimarse. Bajo ciertas condiciones —como las que permiten reparar los daños causados a la imagen del interlocutor— el insulto no siempre tiene efectos devastadores. Sin embargo, cuando se convierte en el plato principal del día a día, desestabiliza los pilares de un sistema democrático. Estos pilares son la participación, la cooperación y la posibilidad de resolver acuerdos mediante el diálogo.

PODER, DEPENDENCIA Y LENGUAJE

Hace unos días conversaba con un amigo. Él me decía que, de alguna forma, todos dependemos de algo. Esa dependencia puede residir en el destino, en el azar, en lo divino, en alguna religión o en las artes adivinatorias. Puede deberse a un factor que el individuo no controla por cuenta propia, un poder ajeno a su persona. Cuando nuestro porvenir no depende de nosotros mismos, los demás tienen el control de la situación. Existe, por consiguiente, un mensaje solapado e indirecto que actúa como un disco rayado cuya melodía se graba en el subconsciente de la víctima; funciona cuando, para conseguir lo anhelado, el sometido piensa que su capacidad y talento ya no cuentan. Además, quien sufre tal estado delega siempre la responsabilidad de la situación económica o social en otros, como el Estado, los gobiernos y el precio del petróleo. Esa actitud no solo define el comportamiento del venezolano común, sino que también da la clave para entender el pasado y el presente de los países hispanoamericanos, entre ellos, por supuesto, Venezuela.

Maritza Montero, en su libro *Ideología, alineación e identidad nacional*¹⁰, señala que la dependencia es mucho más que un «fenómeno económico y social, tal como la conocemos». Según Montero, esta dependencia es también psicológica. Esto significa

¹⁰ Maritza Montero, *Ideología, alienación e identidad nacional: una aproximación psicosocial al ser venezolano*. Caracas, Universidad Central de Venezuela, Ediciones de la Biblioteca, col. Ciencias Económicas y Sociales, 1984.

que es una forma de comportamiento que caracteriza a los países subdesarrollados, «una ideología como mecanismo social de transmisión y sostén de ciertas maneras de actuar y de pensar». Tal comportamiento afecta al individuo una vez que este se convierte en víctima de la dependencia económica.

Por consiguiente, otros tienen el control, manejan las reglas del juego. Esto ocasiona un desequilibrio de poder, unos acceden a él, y otros no. La filosofía de esos controladores consiste en que sus víctimas se consideren incapaces de salir adelante sin su ayuda. Ejercen así una forma de control externo.

Según la autora, el control externo se da cuando «los individuos atribuyen las consecuencias de sus actos a circunstancias exteriores e independientes de ellos mismos». Las personas que están bajo los efectos de este mal ideológico mantienen una actitud pasiva, un comportamiento depresivo y apático. Ese comportamiento viene motivado por la idea de que no vale la pena hacer nada para cambiar su situación; no se puede luchar contra el sistema.

La ideología de dominación se manifiesta en el lenguaje. Lo hace concretamente mediante una serie de calificativos que dan una falsa imagen. Según Montero, algunos ejemplos son «perezosos», «indolentes», «faltos de creatividad», «pasivos», «incapaces de planificar» y «derrotistas». Estos calificativos, al reforzarnos la idea de que somos incapaces de obtener éxito por cuenta propia, nos frenan la capacidad de acción. Así, mientras se nos niega toda posibilidad de superación, otros toman el control de las riendas para beneficio personal.

Con base en lo anterior, los países hispanoamericanos han sido víctimas de la influencia de un pensamiento ideológico, cuya consigna de fondo proclama la sumisión, la incapacidad de control del ambiente propio y la imposibilidad de prever resultados a mediano plazo. Se trata entonces de una forma de dominación sutil, y hasta subliminal, de negación de valores, de imposición de un grupo sobre otro.

DEL DICHO AL HECHO EN LA POLÍTICA

Parece que —al contrario de lo que cree la mayoría— no hay mucha distancia, o trecho, entre el dicho y el hecho, es decir, entre las palabras y las acciones. El lenguaje es una forma de acción; es tanto un «hacer con palabras» como un «hablar al hacer». Por ello, quizá, las palabras casi siempre preceden a las acciones. Si no es así, sancionamos su incumplimiento; y nos sentimos incapaces de volver a confiar en quienes nos han defraudado.

En la política, como en las experiencias de la vida diaria, no se respetan los acuerdos. Además, una vez conseguidos los objetivos propuestos, se olvidan las promesas. Asimismo, se dicen cosas como una manera de conseguir algo, o de modo estratégico. Lo que se dice, entonces, se hace sin pretensión de ser fiel a lo dicho; más bien, detrás de las palabras se ocultan intenciones. En tales casos, se quebranta una condición necesaria para el buen funcionamiento de las relaciones: la sinceridad. Ello significa que, como todas las personas en el mundo de la política tienen una carta bajo la manga, las palabras se separan de las acciones; siguen caminos distintos. Las intenciones —como la ambición de poder, por ejemplo— se venden con una etiqueta que dice: «búsqueda del bien común». Esto no es nuevo.

Desde tiempos antiguos los filósofos como Sócrates, Platón y Cicerón, tuvieron una predisposición hacia los políticos. Ellos pensaban que en la política el lenguaje se utilizaba con fines persuasivos: convencer con falsos argumentos, y así engañar.

En la actualidad, los venezolanos desconfiamos —y tenemos razones de peso para ello— de todo lo que huelga a toda política. Esa desconfianza no es gratuita. Las palabras comprometen a las personas que las dicen con lo que dicen. La promesa hecha es entonces un contrato establecido entre «el que la hace», en este caso el político de turno, y «el que la recibe, o acepta», ya se llame pueblo, soberano o, simplemente, masa de la población venezolana.

En la promesa, según John Searle en su obra *Actos de habla*¹¹, se le otorga un poder al destinatario. «El que hace la promesa» asume entonces, de esta manera, un deber con el que la recibe. Una condición básica es que «el que promete algo» considera que a «la persona a la cual se lo hace» le conviene más que se realice una acción a que no se haga. No sirve de nada si se promete una cosa a un sujeto al cual no le interesa.

Por consiguiente, «el que promete» debe conocer bien las necesidades del otro: saber que ese sujeto espera dicha promesa. Su cumplimiento garantiza acciones posteriores; es la firma de una especie de contrato cuya cláusula esencial es la confianza; se sabe que se puede contar con ese individuo en el futuro. Por último, «el que hace la promesa» debe tener la intención de cumplirla.

En el contexto venezolano, los politiqueros, aunque parecen conocer muy bien cuáles son las necesidades de su pueblo, no están interesados en satisfacerlas. Ahora, por ejemplo, cuando se piden unas elecciones presidenciales, más de uno, mientras se suma a ese llamado, hace indirectamente su campaña y promueve así su imagen. El nuevo liderazgo político debe tener muy presente que si promete algo, establece un compromiso (deber o responsabilidad) con el pueblo de Venezuela. La palabra dada es entonces un contrato firmado entre las dos partes.

Con base en lo expuesto, debemos estar muy conscientes de las experiencias anteriores, de las promesas incumplidas, del juego de la política en que muy pocos han salido favorecidos, estar alertas

¹¹ John Searle, *Actos de habla. Ensayo de Filosofía del Lenguaje*. Madrid, Editorial Cátedra, col. Teorema, 1994.

de las palabras, tanto de los mensajes que se ocultan detrás de ellas como de las intenciones que las mueven. Así el día de mañana evitaremos que se cometan los mismos errores del pasado.

ÍNDICE

Prólogo	VII
Presentación	XI

CAPÍTULO I

Reflexiones sobre el habla del venezolano y razones de su variación

Habla del venezolano	3
Habla del venezolano (II parte)	5
Los venezolanismos y el diccionario	7

CAPÍTULO II

Consideraciones sobre vocabularios y registro de cada tema, actividad, de acuerdo con el género y la edad

El lenguaje del amor	11
El lenguaje del despecho	13
El béisbol y su lenguaje	15
Una revolución cultural llamada internet	17
Internet y el lenguaje	21
La revolución de los MNS	23
Los <i>mass media</i> y el lenguaje	25
Habla de los adolescentes	27
Las mujeres y el lenguaje	29
¿Entonarse o prenderse?	31

¿Empate o novio?	33
¿Empate o novio? (II parte)	35
¡Fulano es un bicho!	37
¡Qué bueno está fulano!	39
¡Estás aguevoniado!	41
¡Qué buena vaina!	43
¡Se levantó una jeva!	45
¡Qué gafo eres!	47
¿Tripear o disfrutar?	49
¿Putas o prostitutas?	51

CAPÍTULO III

Consideraciones propias del análisis del discurso sobre el lenguaje y su influencia en el comportamiento, libertad o negación de la misma en prácticas cotidianas

Lenguaje y violencia	55
Negociación y lenguaje	57
Discriminación y lenguaje	59
El lenguaje de la represión	61
Agresión verbal en la política	63
Poder, dependencia y lenguaje	65
Del dicho al hecho en la política	67

El habla del venezolano

Se imprimió en el mes de octubre de 2021
en la Imprenta Bicentenario
Caracas, Distrito Capital, Venezuela
Son 1.000 ejemplares

